

Xulio Ríos

Las lealtades vitales de Pepe Castedo



Xulio Ríos

Las lealtades vitales de Pepe Castedo

CÍRCULO CASTEDO

Créditos

Autor: Xulio Ríos

Edita: Círculo Castedo

Maquetación: Pepe Carreiro

Impresión: Digital

ISBN: 978-84-09-90002-2

Depósito Legal: VG 524-2026

Índice

Introducción	4
La gran experiencia china con los <i>waiguo zhuanjia</i>	6
Tres tipos de <i>waiguo zhuanjia</i>	11
Pepe, “El Gallego”, en la Revolución Cultural	16
Un pedagogo autodidacta	26
Un amante de la fotografía	35
¿Por influencia de Álvarez del Vayo?	37
El secreto mejor guardado	40
Un rebelde iconoclasta	45
Tras la muerte de Franco	48
Un gallego de Madrid: a modo de recapitulación	53
Epílogo	57

Introducción

José Castedo Carracedo (1914-1982) fue una figura destacada en el universo de los llamados “expertos extranjeros” que, durante las décadas de 1960 y 1970, colaboraron activamente con la República Popular China. Ejerció como profesor en la Escuela Anexa al Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing y en el propio Instituto, además de desempeñarse como revisor en el Buró Central de Traducción de Lenguas Extranjeras y en la agencia oficial de noticias Xinhua.

En Beijing era conocido simplemente como “El Gallego”, en atención a unas raíces que reivindicó siempre pese a haber nacido en Madrid. Hijo de madre ferrolana y padre asturiano, Pepe -como le llamaban amigos y colegas- llegó a convertirse en el auténtico decano de aquellos expertos extranjeros comprometidos con la Revolución China en años de extraordinaria intensidad política y social.

Su llegada a Beijing se produjo desde París. La circunstancia no era casual. Francia acababa de reconocer diplomáticamente a la República Popular China en 1964, haciendo gala de una autonomía estratégica que hoy resulta difícil no contemplar con cierta nostalgia. Estados Unidos, por el contrario, no normalizaría sus relaciones con Beijing hasta 1979.

Sin embargo, el camino de Castedo hasta China había comenzado mucho antes. A principios de los años cincuenta se instaló en Francia, poco después de haber contraído matrimonio en Madrid, en 1951. Dejaba atrás a su esposa, Nieves, y a una hija, Ana Isabel, en una decisión tan dolorosa como definitiva, impulsada por la necesidad de escapar del ambiente asfixiante de la España franquista.

Durante cerca de una década en el país galo, según recordaba uno de sus amigos más próximos en China, Wu Ruigeng, desempeñó todo tipo de trabajos para sobrevivir, muchos de ellos muy alejados de su formación y capacidades intelectuales. Su situación comenzó a mejorar cuando obtuvo el reconocimiento oficial como refugiado político, una condición respaldada por el dirigente socialista Julio Just¹, que le permitió acceder a una mayor estabilidad y abrir una nueva etapa en su vida.

Aquellos años de exilio, marcados por la precariedad y el desarraigo, acabarían conduciéndolo hacia una experiencia aún más singular: la incorporación al reducido grupo de extranjeros que participaron en la construcción educativa y cultural de la nueva China en plena Guerra Fría.

1 Fue una destacada figura del republicanismo valenciano, diputado por Valencia en las Cortes de 1931, 1933 y 1936 y ministro de Obras Públicas durante la Guerra Civil. Tras la derrota republicana se exilió en Francia, donde sufrió prisión e internamiento durante la ocupación alemana. En el exilio mantuvo una intensa actividad política en Izquierda Republicana y ocupó diversas carteras ministeriales en los gobiernos de la República española en el exilio entre 1947 y la década de 1960. Llegó a desempeñar la vicepresidencia del Gobierno republicano y asumió responsabilidades en Interior, Justicia, Defensa, Emigración y Acción en el Interior y en el Exilio. Falleció en París y fue enterrado en Port-Vendres.

El salto a China le proporcionó una estabilidad que nunca había logrado alcanzar plenamente en Francia. Los años parisinos, pese a su riqueza intelectual y humana, estuvieron marcados por una permanente incertidumbre económica y administrativa.

Las dificultades para consolidar una situación profesional duradera y la fragilidad de unos ingresos siempre sujetos a contingencias alimentaban una sensación de inseguridad que proyectaba una sombra constante sobre su existencia. Aquellas vulnerabilidades, lejos de desaparecer con el paso del tiempo, terminaron convirtiéndose en una fuente de preocupación cotidiana.

Su desembarco en Beijing como experto extranjero supuso un viraje radical. Por primera vez disponía de un empleo estable, un reconocimiento institucional claro y unas condiciones materiales que le permitían mirar al futuro con relativa serenidad. La China de finales de los años sesenta y setenta ofrecía pocas comodidades en comparación con Europa, pero para Castedo significó algo quizá más importante: la certeza. La vivienda, la atención sanitaria, el salario y el prestigio asociado a su condición de especialista extranjero conformaban un marco de seguridad desconocido para él desde hacía décadas.

A esa tranquilidad material se sumaba otro factor no menos relevante. En Beijing encontró un entorno donde sus conocimientos y trayectoria eran valorados de manera explícita. No era tanto un emigrante obligado a abrirse camino en un país ajeno como un profesional requerido por un gobierno empeñado en acelerar el desarrollo y la modernización del país. Esa consideración reforzó su autoestima y le otorgó una sensación de utilidad que marcaría profundamente los años posteriores.

De algún modo, China no solo le ofreció un trabajo; le proporcionó un lugar. Tras una vida atravesada por desplazamientos, incertidumbres y adaptaciones sucesivas, Castedo, no sin sacrificio, halló en Beijing un espacio donde pudo reconstruir una estabilidad personal y profesional largamente buscada. Aquella seguridad, tanto material como emocional, explica en buena medida el fuerte vínculo que acabaría desarrollando con el país y su decisión de permanecer allí durante una etapa decisiva de su vida.

Para alguien que había conocido la guerra, el exilio y las estrecheces de la emigración, la seguridad adquiría un valor mucho más profundo que la simple prosperidad económica; era casi una forma de reconciliación con una vida marcada durante décadas por el desasosiego.

La gran experiencia china con los *waiguo zhuanjia*

Los expertos extranjeros (*waiguo zhuanjia*) constituyen una figura que en China ha gozado históricamente de un notable prestigio y reconocimiento, una consideración que aún perdura en nuestros días. Más que una simple categoría administrativa, se trata de un verdadero estatus social y político, asociado a quienes contribuyen con sus conocimientos y experiencia al desarrollo del país. En cierto modo, representan la encarnación contemporánea de una larga tradición de cooperación internacional que acompañó a China en algunos de los momentos más decisivos de su historia moderna.

Aunque la figura hunde sus raíces en la presencia de cooperantes, asesores y militantes internacionalistas que apoyaron la causa revolucionaria china antes de 1949, fue la proclamación de la República Popular la que institucionalizó y dotó de contenido específico a esta condición. La nueva China heredaba un país devastado por décadas de conflictos: la fragmentación interna de la era de los señores de la guerra, la invasión japonesa, la guerra de resistencia y, finalmente, la guerra civil habían dejado una economía exhausta y unas infraestructuras profundamente deterioradas. En prácticamente todos los ámbitos -industria, transporte, sanidad, educación, investigación científica o gestión administrativa- las carencias eran enormes.

En ese contexto, la participación de especialistas extranjeros adquirió una importancia estratégica. La joven República Popular necesitaba conocimientos técnicos, experiencia profesional y capacidades organizativas que contribuyeran a acelerar la reconstrucción nacional. Los expertos llegados del exterior no solo aportaban saberes concretos; simbolizaban también la solidaridad internacional con el proyecto de construcción de la nueva China. Durante las primeras décadas de la República Popular, especialmente en los años de estrecha cooperación con la Unión Soviética y otros países socialistas, miles de asesores y técnicos participaron en proyectos industriales, educativos y científicos que dejaron una profunda huella en el proceso de modernización del país.

Si existe una personalidad que a los ojos de los chinos encarna de manera paradigmática el ideal del experto extranjero comprometido con el país, esa es Norman Bethune. Médico canadiense y militante comunista, Bethune participó primero en la Guerra Civil española, donde desarrolló innovadores métodos de transfusión sanguínea en el frente, y más tarde se incorporó a las fuerzas comunistas chinas durante la guerra de resistencia contra la invasión japonesa. Instalado en la base revolucionaria de Yan'an, puso sus conocimientos médicos al servicio del Ejército Rojo en condiciones extremadamente precarias, recorriendo largas distancias para atender a los combatientes y formando personal sanitario local.

Su muerte en 1939, a consecuencia de una infección contraída durante una operación quirúrgica, contribuyó a forjar una leyenda que trascendió con mucho su aportación profesional. Bethune pasó a ser presentado como el ejemplo supremo del internacionalista desinteresado, alguien que había abandonado su país para consagrarse por entero a una causa

ajena sin esperar recompensa alguna. Fue precisamente esa dimensión moral la que subrayó Mao Zedong en su célebre ensayo “En memoria de Norman Bethune”, uno de los textos políticos más conocidos del periodo revolucionario.

En aquel escrito, Mao elogió su espíritu de sacrificio, su dedicación absoluta al trabajo y su completa ausencia de egoísmo, elevándolo a la categoría de modelo para los cuadros y militantes comunistas. Durante décadas, el ensayo formó parte de la educación política básica de millones de chinos y contribuyó decisivamente a convertir a Bethune en uno de los extranjeros más conocidos y respetados del país.

Pocos occidentales han alcanzado en China un reconocimiento comparable. Su figura ha sido objeto de monumentos, museos, publicaciones y producciones audiovisuales, mientras que su biografía continúa apareciendo en los manuales escolares desde la enseñanza primaria. Para varias generaciones de chinos, Norman Bethune no representa únicamente a un médico extranjero que ayudó a China en tiempos difíciles; simboliza un ideal ético de solidaridad internacional, entrega al prójimo y compromiso con una causa colectiva. En muchos aspectos, constituye el referente histórico y moral sobre el que se construyó la imagen del *waiguo zhuanjia*, el experto extranjero cuya contribución es percibida como una muestra de amistad sincera hacia China.

Tras la proclamación de la República Popular el 1 de octubre de 1949, la primera gran oleada de *waiguo zhuanjia* estuvo integrada por miles de especialistas soviéticos que, en buena medida, contribuyeron a definir el modelo original de cooperación técnica extranjera en la Nueva China. No se trataba de una migración espontánea de profesionales, sino de una colaboración organizada desde los respectivos aparatos del partido y del Estado, concebida como una expresión práctica de la solidaridad socialista internacional. Su evolución, sin embargo, estuvo estrechamente ligada a los avatares de una relación sino-soviética que nunca fue tan sencilla como a menudo se supone.

Aunque la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional desempeñaron un papel decisivo en la creación del Partido Comunista de China en 1921, las discrepancias entre Moscú y los dirigentes chinos se remontaban a mucho antes de la victoria revolucionaria. Una de las principales controversias giró en torno a la política de alianzas. La Internacional Comunista impulsó la cooperación entre el PCCh y el Kuomintang (KMT), considerando que la revolución china debía desarrollarse en varias etapas. Sin embargo, aquella estrategia desembocó en la tragedia de 1927, cuando las fuerzas nacionalistas encabezadas por Chiang Kai-shek desencadenaron una brutal represión contra los comunistas. Miles de militantes fueron asesinados en Shanghái y otras ciudades, muchas veces con la colaboración de organizaciones criminales locales como la célebre *Banda Verde*. Para numerosos dirigentes comunistas chinos, aquellos acontecimientos dejaron una huella profunda y alimentaron un persistente escepticismo hacia las orientaciones procedentes de Moscú.

Las divergencias también alcanzaban el terreno doctrinal. Mientras los soviéticos insistían en la centralidad del proletariado urbano y en la insurrección de las ciudades como vía principal hacia la revolución, Mao Zedong y sus seguidores defendían una estrategia adaptada a las condiciones específicas de China. En un país eminentemente campesino, sostenían, el campesinado debía convertirse en la fuerza motriz del proceso revolucionario. La idea de cercar las ciudades desde el campo terminó imponiéndose tras la Larga Marcha (1934-1935), cuando las tesis de Mao derrotaron políticamente a Wang Ming y al grupo de los llamados “28 bolcheviques”, formados en Moscú y considerados los principales representantes de la ortodoxia soviética dentro del Partido.



毛主席会见白求恩同志

El Presidente Mao se reunió con el camarada Bethune.

Pese a esas diferencias, la necesidad estratégica de garantizar la supervivencia de la nueva República Popular llevó a Mao a buscar un entendimiento sólido con la Unión Soviética. A finales de 1949 permaneció cerca de dos meses en Moscú negociando el Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua, firmado finalmente en febrero de 1950. Aquel acuerdo abrió una década de cooperación sin precedentes. Cerca de diez mil expertos soviéticos fueron destinados a China y participaron activamente en la construcción de industrias, infraestructuras, centros de investigación, universidades y proyectos energéticos. Su influencia se dejó sentir igualmente en la planificación económica, especialmente en la elaboración del Primer Plan Quinquenal (1953-1957), y también en la configuración institucional del nuevo Estado.

La huella soviética alcanzó incluso el ámbito normativo básico. La Constitución china de 1954 reflejaba claramente la influencia del modelo soviético, aunque incorporaba dos elementos distintivos que acabarían teniendo una larga proyección histórica: la creación de la figura de la Presidencia de la República, concebida inicialmente para Mao Zedong, y la subordinación estricta de las fuerzas armadas y de seguridad a la dirección política del Partido. Ambas características, con las transformaciones propias de cada época, siguen siendo rasgos esenciales del sistema político chino contemporáneo.

Sin embargo, aquella amistad que se proclamaba “eterna e indestructible” apenas sobrevivió una década. Bajo la superficie de la cooperación persistían desacuerdos de fondo sobre la dirección del movimiento comunista internacional y sobre el propio modelo de desarrollo socialista. Mao aspiraba a construir una vía china al socialismo, más autónoma y más rápida, que permitiera a China superar en el futuro incluso a la Unión Soviética. Stalin desconfiaba a menudo de los comunistas chinos, a quienes consideraba ideológicamente poco ortodoxos, pero mientras vivió mantuvo una relación basada en una mezcla de recelo y respeto mutuo.

La situación cambió radicalmente tras la llegada de Nikita Jruschov al poder. La denuncia del estalinismo en el XX Congreso del PCUS, la política de coexistencia pacífica con Estados Unidos, las discrepancias sobre Corea y Taiwán y, en último término, la pugna por el liderazgo del campo socialista fueron ampliando una brecha cada vez más difícil de cerrar. Mao resumiría aquella rivalidad con una expresión que se haría célebre: “No puede haber dos soles en el cielo”.

La ruptura definitiva llegó en 1960, cuando Moscú ordenó la retirada de sus especialistas de China. La decisión tuvo un enorme impacto político, económico y psicológico. Coincidió además con el momento más crítico del Gran Salto Adelante (1958-1961), la ambiciosa campaña impulsada por Mao para acelerar el desarrollo económico mediante la movilización masiva de la población rural. El fracaso de aquella estrategia, unido a la retirada de la asistencia soviética y a una concatenación de graves errores de gestión, desembocó en una de las mayores catástrofes de la historia contemporánea. Millones de personas murieron durante la gran hambruna y Mao vio seriamente debilitada su posición política, permitiendo el ascenso de dirigentes más pragmáticos como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping.

Con la marcha de los soviéticos concluyó la primera gran experiencia china con los expertos extranjeros. Durante casi dos décadas, y especialmente durante los años de la Revolución Cultural, la presencia de especialistas foráneos se redujo drásticamente, surgiendo una generación de tránsito, ya no procedentes mayoritariamente del bloque socialista, sino de un abanico mucho más amplio de países y perfiles profesionales. Sería precisamente esa nueva generación a la que pertenecería José Castedo.



Jruschov y Mao: “No puede haber dos soles en el cielo”.

Como tantos otros especialistas extranjeros de aquellos años, su presencia respondía a una necesidad concreta de aquella China, muy condicionada por la exacerbación ideológica, pero también le confería una posición singular: la de formar parte de una comunidad reducida y altamente valorada, llamada a contribuir desde dentro a una de las transformaciones más profundas de la historia contemporánea.

Tras las turbulencias de la Revolución Cultural, la política de reforma y apertura impulsada por Deng Xiaoping otorgó una renovada centralidad a esta figura. Los expertos extranjeros pasaron entonces a desempeñar un papel esencial en la transferencia de conocimientos, tecnologías y métodos de gestión procedentes de los países más avanzados.

Tres tipos de *waiguo zhuanjia*

La primera y convulsa etapa de la Revolución china en el poder es importante tenerla en cuenta a la hora de significar el papel de los expertos extranjeros. En buena medida, ellos son el espejo de su transformación y acompañaron la atribulada historia de la China de entonces.

Desde una perspectiva histórica, podría distinguirse una evolución en la propia naturaleza de los expertos extranjeros presentes en China. No se trata de categorías rígidas, sino de tipos ideales que ayudan a comprender cómo fue transformándose su papel a medida que cambiaban las prioridades del país. En este sentido, cabría hablar de tres generaciones sucesivas: los convencidos, los escépticos y los profesionales.

Conviene precisar que nos referimos aquí a cooperantes y especialistas que actuaban a título individual, y no a la cooperación interestatal. Tras la ruptura con la Unión Soviética, esta última quedó reducida a su mínima expresión. Los expertos extranjeros que permanecieron o llegaron a China lo hicieron impulsados por motivaciones personales muy diversas, aunque todos ellos compartían una cierta disposición a colaborar con un proyecto político y social excepcional por su dimensión histórica.

La primera generación, la de los convencidos, predominó entre 1949 y finales de los años setenta. En ella encontramos a hombres y mujeres que, en distintos grados, se identificaban con la experiencia revolucionaria china o, cuando menos, sentían una profunda simpatía hacia ella. Algunos procedían de tradiciones comunistas o progresistas occidentales; otros habían participado en movimientos antifascistas, anticoloniales o internacionalistas. Más allá de sus diferencias, compartían una notable disposición al sacrificio y una fuerte lealtad hacia el proceso revolucionario. Para muchos de ellos, trabajar en China no era simplemente una actividad profesional, sino también una forma de compromiso político y moral.

Hay una segunda generación de convencidos, en verdad, la última generación de expertos extranjeros de la China revolucionaria. Protagonizan esa fase más singular en la historia de los *waiguo zhuanjia* correspondiente al periodo comprendido entre la retirada de los especialistas soviéticos en 1960 y el inicio de la política de reforma y apertura a finales de los años setenta. Fue entonces cuando los expertos extranjeros adquirieron una importancia particularmente relevante para las autoridades chinas. En un contexto de creciente aislamiento internacional, agravado por la ruptura con Moscú y las tensiones con Occidente, aquellos especialistas constituían una de las escasas vías de acceso a conocimientos técnicos, experiencias profesionales y contactos con el exterior.

Su condición trascendía ampliamente la función profesional que desempeñaban. Dependientes administrativamente del Consejo de Estado a través de la Administración Estatal de Expertos Extranjeros, disfrutaban de un estatus singular, a medio camino entre el técnico altamente cualificado y el huésped distinguido. En una China sometida a enormes privaciones materiales, recibían condiciones de vida notablemente favorables en materia

de alojamiento, alimentación, asistencia sanitaria, transporte y remuneración. Aquellos privilegios no constituían únicamente una forma de reconocimiento personal; reflejaban también el valor estratégico que el Estado atribuía a sus conocimientos y a su contribución al desarrollo del país.

A ello se sumaba un acceso a las élites políticas y administrativas poco habitual para un extranjero. Muchos de estos expertos mantenían contactos frecuentes con altos responsables del Partido y del Estado, participaban en proyectos considerados prioritarios y gozaban de una capacidad de interlocución excepcional. En una China todavía cerrada al exterior, constituían una comunidad reducida, cuidadosamente seleccionada, atendida y observada con una mezcla de respeto y curiosidad. Su figura respondía aún al ideal revolucionario del internacionalista comprometido con la construcción de la Nueva China, heredero, en cierta medida, de aquel modelo encarnado por Norman Bethune, aunque anticipando también el prestigio institucional que seguirían conservando los *waiguo zhuanjia* durante la etapa de reforma y apertura.

José Castedo perteneció plenamente a esa generación de expertos extranjeros del maoísmo tardío. Su llegada a Beijing en 1964 lo situó en un momento particularmente delicado de la historia de la República Popular, apenas cuatro años después de la retirada de los especialistas soviéticos, cuando el país trataba todavía de recuperarse de las secuelas del Gran Salto Adelante y comenzaban a percibirse las tensiones derivadas de la ruptura sino-soviética que desembocarían en la Revolución Cultural. Su permanencia hasta 1979 le permitió asistir no solo al final del ciclo maoísta, sino también a los primeros compases de la transformación impulsada por Deng Xiaoping.

En cierto sentido, Castedo fue un personaje de frontera histórica: llegó cuando concluía la etapa marcada por la influencia soviética y se marchó cuando comenzaba a abrirse camino la era de la reforma y la apertura. Pocos extranjeros pudieron observar desde dentro, y durante tanto tiempo, el tránsito entre dos Chinas tan diferentes como la revolucionaria y la reformista.

Su experiencia, por tanto, es excepcional porque atraviesa íntegramente el periodo más complejo del maoísmo. No llega a una China abierta al mundo, ávida de tecnología occidental y dispuesta a ofrecer oportunidades profesionales. Llega a una China aislada, ideologizada y en pleno proceso de redefinición tras la ruptura con la URSS. Y, sin embargo, permanece allí durante quince años, sobreviviendo incluso a la Revolución Cultural, una circunstancia que por sí sola ya singulariza su trayectoria.

La siguiente generación corresponde a los años de la reforma y apertura impulsada por Deng Xiaoping. Son los escépticos, entendidos no tanto como críticos del sistema cuanto como observadores más pragmáticos y menos ideologizados. Llegan a una China que empieza a abandonar las grandes certezas revolucionarias para concentrarse en el desarrollo económico y la modernización. Su interés por el país ya no descansa necesariamente en una adhesión doctrinal, sino en la curiosidad intelectual, la cooperación técnica o las oportunidades profesionales. Constituyen una generación de transición, situada entre el idealismo revolucionario y el pragmatismo de la nueva era. Los acontecimientos de 1989 marcaron para muchos de ellos una profunda inflexión, obligándolos a replantearse sus expectativas sobre la evolución política del país.

Finalmente, emerge una tercera generación que hoy es claramente mayoritaria. Son los profesionales. Más que portadores de una determinada visión política, son especialistas, técnicos, académicos, directivos o empleados contratados por sus competencias concretas. Su presencia responde a las necesidades de una China integrada en la globalización y

empeñada en captar talento internacional para impulsar sectores considerados estratégicos. En ellos culmina un proceso de progresiva desideologización de la figura del experto extranjero. Lo que se valora ya no es tanto su compromiso con una causa política como el conocimiento, la experiencia o las capacidades que pueden aportar al desarrollo nacional.

Con todo, la etapa más singular y probablemente más rica desde el punto de vista histórico fue la primera en sus dos tiempos. Tras la retirada de los especialistas soviéticos en 1960, los expertos extranjeros procedentes de otros países adquirieron un valor extraordinario para las autoridades chinas. En un país sometido al aislamiento internacional y con limitados canales de contacto con el exterior, su presencia poseía una importancia que trascendía con mucho sus funciones específicas.

Mercedes Rosúa, a quien Pepe Castedo visitó en Xi'an cuando esta impartía allí aulas de español en los años setenta, cuenta en su "Diario de la China" que vivían como en una especie de "jaula de oro" de la que resultaba imposible zafarse por más que uno quisiera experimentar una vida normal como la de los chinos y compartiendo sus privaciones. No obstante, Castedo sí fue capaz de romper esa baraja y, como veremos, durante un tiempo optó por vivir como un chino y decidió abandonar las comodidades del Hotel de la Amistad y hasta rebajarse el sueldo a la mitad. Wu Ruiggen recuerda como resistió aquel rigor vitae con sus colegas chinos que por ello le granjearon con mayores dosis de respeto y aprecio.

Muchos pasaban sus vacaciones en Beidaihe², en las afueras de Beijing, al lado de los más importantes dirigentes del país. Recuerdo la vivencia que me relató el periodista peruano Antonio Fernández Arce, experto en la agencia de noticias Xinhua, cuando el propio primer ministro Zhou Enlai al saber de una grave enfermedad de su hija le envió los mejores facultativos y puso a su disposición toda una unidad del ejército para procurarle las donaciones de sangre que precisaba. Muchos de los que permanecieron en China en esa época acabaron por convertirla en su hogar.

Podríamos citar algunas figuras muy representativas de ese tiempo y de ese espíritu que los animaba. David Crook (1910-2000), por ejemplo, británico pero formado políticamente en EEUU en la Gran Depresión, participó en la guerra civil española y en 1938 tomó rumbo a Shanghái. Crook se unió al KGB en España y en China siguió estando a su servicio. En los años cuarenta comenzó a impartir clases de inglés a quienes se desempeñarían más tarde como los primeros diplomáticos de la Nueva China y tomó parte en la puesta en marcha del Instituto de Lenguas Extranjeras.

Otra figura de mucho interés es Israel Epstein (1915-2005), polaco de origen lituano que creció en Tianjin. Periodista de formación, conoció durante su estadía en China a figuras legendarias como Edgar Snow o John K. Fairbank. Durante la invasión japonesa fue corresponsal de guerra para la agencia United Press. Años adelante, en Hong Kong conocería a Song Qingling, la viuda de Sun Yat-sen, el padre de la China republicana que nace en 1911, y acabaría por sumarse a su proyecto de edición de la revista China Reconstruye. En 1957, el apátrida Epstein asumiría la nacionalidad china.

Sidney Shapiro (1915-2014), estadounidense, formado en Derecho y llegado a Sha-

2 Beidaihe, estación balnearia situada a orillas del mar de Bohai, fue durante décadas el retiro estival predilecto de la dirigencia china. Allí descansaban los máximos responsables del Partido y del Estado, pero también se tejían consensos, se resolvían diferencias y se discutían discretamente algunas de las grandes cuestiones de la política estatal. Por ello, Beidaihe llegó a ser conocida como la "capital de verano" de China, un lugar donde ocio y poder convivían en una singular combinación.



En 1960 surge la edición en español de *China Reconstruye*, fundada en 1952 por Soong Ching-ling, viuda de Sun Yat-sen.

nghái en 1947, se involucró activamente en la política de aquellos años desempeñándose como traductor en un momento en que la Revolución precisaba internacionalizar su visión y manifestos. Tanto Epstein como Shapiro desempeñaron cargos de representación en la China de los años ochenta, pasando a formar parte de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino, la instancia que junto a la Asamblea Popular Nacional, completa su peculiar sistema parlamentario.

Otro personaje a tener presente es Sidney Rittenberg, el primer estadounidense en unirse al PCCh. Pasó 36 años en China y la mitad de ellos en la cárcel, de la que saldría en 1977. Además de periodista en Radio Beijing ejerció como correo de Mao con el presidente estadounidense Truman y acabó de consejero de varias multinacionales norteamericanas con negocios en China.

De estos, todos ellos se decantarían del lado de China en los momentos de crisis y en asuntos convulsos (guerra de Corea, tensiones con la URSS, Tíbet...). Sólo Crook tomó cierta distancia en 1989, a resultas de los graves sucesos de Tiananmen.

Dentro de aquella primera generación de expertos extranjeros hubo también una pequeña pero significativa presencia española. Muchos de ellos procedían del exilio republicano establecido en la Unión Soviética y llegaron a China en el marco de la cooperación sino-soviética de los años cincuenta. Su trayectoria personal los convertía en figuras singulares: eran, al mismo tiempo, víctimas de la derrota republicana, exiliados políticos y participantes en proyectos internacionales vinculados al campo socialista.

Entre ellos destacaban María Lecea, Ataulfo Melendo, Alfonso Graíño y Quintina Calvo, todos vinculados al Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing. Lecea y Melendo habían desarrollado previamente una larga trayectoria en la Unión Soviética, mientras que Graíño llegaría desde Colombia, incorporándose igualmente a las tareas docentes y de formación lingüística. Su presencia antecedió varios años a la llegada de José Castedo y formó parte de aquella primera etapa en la que los especialistas extranjeros llegaban a China muy preferentemente a través de los canales establecidos por la cooperación entre los países socialistas.

La evolución de sus destinos personales reflejó, de hecho, las propias vicisitudes de las relaciones sino-soviéticas. Cuando la ruptura entre Beijing y Moscú se hizo irreversible, estos expertos abandonaron China y regresaron a la Unión Soviética, poniendo fin a una experiencia que había nacido al amparo de la amistad entre ambos países. Solo décadas más tarde, ya en el contexto de la reforma y apertura impulsada por Deng Xiaoping, algunos de ellos volverían a establecer vínculos con China. Fue el caso de María Lecea y Ataulfo Melendo, que regresaron en los años ochenta, encontrándose entonces con un país profundamente diferente al que habían conocido durante los años de la cooperación socialista.

La trayectoria de este pequeño grupo permite apreciar cómo la historia de los expertos extranjeros en China no fue un fenómeno homogéneo. Existieron varias generaciones y experiencias diferenciadas. Los españoles llegados desde la Unión Soviética representaban la vertiente más claramente internacionalista de aquella primera etapa, marcada por la solidaridad entre países socialistas. Castedo, en cambio, pertenecería a una segunda oleada dentro del propio periodo maoísta: la de los expertos que llegaron cuando la alianza con Moscú ya se había quebrado y China comenzaba a recorrer un camino cada vez más autónomo. Es el primer español de la etapa postsoviética, lo cual es más relevante para explicar su singularidad. Los anteriores llegan a China por la red soviética; Castedo llega cuando esa red ya se ha roto y el país busca apoyos y conocimientos por otras vías. Frente a la temporalidad de la estancia de los primeros, Castedo encontró en China su lugar y, durante varios lustros, su hogar.

Pepe, “El Gallego”, en la Revolución Cultural

La primera referencia que tuve de Castedo fue a través del escritor peruano afincado en Beijing, Juan Morillo. El autor, entre otros, de “Memorias de un naufragio” relata en esta obra que cuando él llegó a la capital china a finales de los años setenta, el “rey de los expertos” en el Hotel de la Amistad³ era un exiliado republicano, “un culto, inteligente y malgeniado español”, toda una institución que había permanecido en China en los duros años de la Revolución Cultural cuando muchos habían regresado a sus países. Víctor Ochoa nos relata en su obra “Cartas de Jingzhai” muchas historias y personajes del referido Hotel de la Amistad.

Abundando en un imaginario transmitido de boca en boca entre los coetáneos pero en el que tanto proliferaba lo real como lo ficticio, cuenta Morillo que Castedo logró pasar de España a Francia, después a la URSS, regresó de vuelta a París presuntamente desengañado del comunismo soviético y desembocó en Beijing en 1964, es decir, en pleno período de la llamada restauración burocrática en China, aún con los ecos frescos del fracaso del Gran Salto Adelante. Entonces, Castedo pasó a impartir aulas de español en la escuela anexa del Instituto de Lenguas Extranjeras que David Crook había ayudado a poner en marcha.

Juan Morillo completaba una magnífica descripción: “Su pelo un tanto largo y algo canoso sobresaliendo, en la parte de atrás, de una boina vasca de color azul marino, su abultada barriga, su ojo tuerto, su nariz ancha, sus cachetes dilatados y su indumentaria –grueso sacón azul marino también, como la gorra, y pantalones anchos, siempre de color oscuro- le daban el aspecto de un viejo lobo de mar o de un pirata ordenando el abordaje.” (Memorias de un naufragio, página 41 y ss.)

Y añadía: “En su casa en el Hotel de la Amistad, Pepe recibía a sus amigos. En ese entorno se podía apreciar mejor su forma de ser: detrás de su apariencia de hombre hosco, irascible, intratable, se escondía una persona inteligente y sensible, incluso tímido, pero un tímido que sabía llevar una buena conversación. No eran muchos los que invitaba a su casa a conversar. La soledad le acompañaba. Había por aquellos años un grupo de tres latinoamericanos que le imponían su compañía con gestos de cariño, uno de ellos Wilfredo, también los colombianos Antonio López Jurado o Germán Sarmiento. Sabían adaptarse a su temperamento, lo trataban con fingida dureza sabiendo que él les respondería lanzando

3 El Hotel de la Amistad (Youyi Bilingual) constituía uno de los espacios más singulares del Beijing de aquellos años. Construido en la década de 1950 con apoyo soviético para alojar a los expertos y asesores procedentes de la URSS y de otros países socialistas, formaba en realidad una pequeña ciudad dentro de la ciudad. Dotado de apartamentos, restaurantes, instalaciones deportivas, comercios y diversos servicios reservados a los residentes extranjeros, ofrecía unas condiciones de vida excepcionalmente confortables para los estándares de la época. En una capital todavía marcada por las privaciones materiales y el racionamiento, el complejo simbolizaba la importancia estratégica que las autoridades chinas concedían a los expertos extranjeros, convertidos en huéspedes distinguidos de la Nueva China y en actores relevantes de su proceso de modernización.

aparentes impropiedades que obviamente no transportaban enfado sino afecto, en un juego que era el modo de entenderse. Los tres acostumbraban a tomar café casi todas las noches en casa de Pepe, unas veces participaba en la conversación, otras simplemente se iba con su vieja gata en brazos a escuchar música.”

El apartamento en el que vivía Pepe Castedo en el Hotel de la Amistad fue descrito por Morillo como “un espacio atestado de libros, discos, piezas de porcelana y rollos de pintura clásica de China....” Y era en su apartamento donde se podía apreciar mejor su forma de ser, decía: “ahí desplegaba todo su encanto de inteligencia y sensibilidad, muy alejado de aquella apariencia tosca”. Era no más que un disfraz....El mal genio es un tópico al señalar el carácter de Castedo, pero todos los que le conocieron de cerca destacaban su buen corazón, muy animado y enérgico, con un gran sentido del humor. A primera vista, provocaba recelos; sin embargo, a poco que se le tratara de cerca, aseguran sus más próximos, se encontraba una persona de talante cordial y gran cultura. Laureano Ramírez, profesor en la Universitat Autònoma de Barcelona y en aquel tiempo empleado en la embajada de España, al recordar a Pepe Castedo, destaca que “decía las cosas claras, de ahí su fama de tener mal genio”. Era una persona muy firme en sus posiciones ideológicas y esa coherencia, en ocasiones, pudo dar lugar a malentendidos y exageraciones.

Juan Morillo destaca el aura de Pepe Castedo en la China de los años 70, enfatizando que sabía de su existencia incluso antes de ir a China por noticias que le llevó una amiga que había vivido también en el Hotel de la Amistad. Pepe era, en suma, una institución. A diferencia de otros extranjeros que se habían mudado en numerosas ocasiones a otros recintos, a él se le reservaba desde su llegada el mismo apartamento situado en un primer piso de uno de los edificios asociados al hotel.

En “Volver la vista atrás”, el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, dice en la página 163: “Sí, su padre seguía levantándose a las cinco de la mañana para su sesión de tai chi chuan, y seguía reuniéndose con los amigos que tenía en el Hotel de la Amistad -los Arancibia, el poeta Cabrera y el viejo Castelo, un español cascarrabias cuya profesión era preguntarse cuándo caería Franco-, pero era evidente que su cabeza estaba en otra parte.” Naturalmente, ese “Castelo” era, en realidad, Pepe Castedo.

Alusiones más precisas y de otro signo son las suministradas por Wu Ruigen, primero discípulo y después compañero de él en la misma escuela. A Wu, Pepe le llamaba “Wu Rico” porque la pronunciación de su nombre a él le sonaba así, según me explicó Jin Guoping, a quien de nombre español le puso Fidel -de claras connotaciones cubanas-. Este siempre lamentó que por circunstancias de la vida tuviera que abandonar las clases de español y pasarse a las de portugués. En aquel tiempo, las necesidades colectivas primaban sobre los deseos individuales.

Wu confirma aquellos extremos recogidos por Morillo en su novela, pero introduce más datos de interés. Le sitúa como originario de Ferrol, enfatizando que siempre se reivindicaba como gallego -“España mi abuela, Galicia mi madre”, le decía-. Según Wu, Pepe Castedo fue encarcelado después de la guerra, que le sorprendió con apenas 22 años, y acabó huyendo a través de los Pirineos hacia Francia, donde desempeñaría múltiples trabajos en condiciones muy precarias -desde minero a limpiador de baños públicos-, sobreviviendo a duras penas en diferentes ciudades. Esa reivindicación del origen gallego es confirmada también por otro coetáneo de aquella época, el colombiano Enrique Posada Cano y por ese apodo cariñoso con el que todos lo conocían.

Pablo Rovetta ratifica aquella fama de hacer el mejor café de todo el Hotel de la Amistad y en torno a él, junto con su hermana Laura, le visitaban en su apartamento pues salía



El Hotel de la Amistad (Youyi Binguan).



Castedo en el centro. A su izquierda, Germán Sarmiento; a al guitarra, Rocío Madriñán.

muy poco de él. Sólo los domingos acudía al “comedor de los expertos” para comprar *jiaozi* (raviolis) que se llevaba a su casa. Tampoco tenía por costumbre acudir a fiestas o reuniones. En torno al café, confiesa que llegó a descubrir a una persona con muchos conocimientos y cultura.

Pepe fue colega de los Ochoa en los años 1968-1970. Víctor Ochoa le recuerda como todo un personaje. Gozaba del prestigio de una “larga estada” en China y sus historias a propósito de la Guerra Civil española cautivaban a todos. Recuerda una anécdota reveladora de su carácter. En 1969, la sección de español de Xinhua se trasladó a un edificio de nueve plantas de reciente construcción. El ascensor solo funcionaba a la entrada y a la salida de la jornada, de modo que durante el resto del día era preciso recurrir a las escaleras. En aquellos años, los boletines informativos giraban casi exclusivamente en torno a las actividades de Mao y a los resultados de la producción, con una reiteración temática y estilística que crispaba a Castedo. Encargado de revisar las traducciones procedentes del chino, se exasperaba ante la uniformidad de unos textos que parecían reproducir invariablemente las mismas fórmulas.

Un día, vencida su paciencia, tuvo uno de esos arrebatos que sus colegas no tardaron en reconocer como parte de su personalidad. Lanzó por la ventana el voluminoso legajo que estaba corrigiendo mientras exclamaba, entre indignado y jocoso, algo parecido a: “¡Pero cuándo se acabará esto!”. Los folios se dispersaron por el exterior del edificio y sus compañeros acudieron de inmediato a recuperarlos, en una reacción tan diligente como solidaria, acostumbrados ya a los repentinos accesos de indignación de un hombre cuya exigencia profesional era tan conocida como su temperamento vehemente.

Los papeles volvieron a reunirse uno a uno, como si nada hubiera ocurrido. Pero aquel vuelo efímero de los folios por encima del patio de Xinhua decía quizá más sobre el estado de ánimo de algunos editores durante aquellos años que muchos informes y consignas de la época.

De ese tiempo, Enrique Posada recuerda que Pepe le enseñó a desenchufarse del trabajo en el momento mismo de terminar la jornada. Posada decía que él continuaba pensando y dudando si lo corregido estaba bien -trabajaba también en la agencia de noticias Xinhua y colaboraba con el Buró de Traducción-. Incluso hasta en sueños. Pepe le compartió su secreto: tengo en la mente algo así como un circuito eléctrico. Al terminar la jornada, acciono el interruptor y... empiezo a pensar en otras cosas.

Pepe Castedo no era de muchos amigos, reconocen quienes le trataron, ni tampoco era dado a visitar la casa de otros, salvo quizá la de Germán Sarmiento, con quien se reunía con relativa frecuencia. Tras su jornada en la escuela, se refugiaba en sus libros y en su música en el apartamento del Hotel de la Amistad. Con quien más se relacionaba era con el citado Sarmiento, con quien gustaba conversar, y también con Antonio López. Otros le visitaban a él sobre todo gracias a la fama de preparar el mejor café de Beijing, un bien escaso entonces.

Entre los amigos de ese tiempo cabe citar, además de Germán y su esposa Rocío Hincapié, al uruguayo Vicente Rovetta, con quien ganó mucha confianza tras compartir carpa en la calle tras el grave terremoto de Tangshan en 1976 -7,5 en la escala de Richter y un cuarto de millón de muertos-, de los más letales registrados en la historia⁴. Vicente se convertiría

4 El año 1976 fue fatal para los chinos. Un annus horribilis. En verano, el devastador terremoto de 7,6 grados en la escala Richter dejó un saldo de 250 mil muertos y arrasó al completo la ciudad de Tangshan, a unos 150 km de Beijing. El de Tangshan fue el segundo más mortífero registrado en toda la historia. En el año 2010 el director de cine Feng Xiaogang realizó a modo de homenaje a las víctimas de la catástrofe, la película *Aftershock* (Tangshan Dadizheng).

a partir de entonces en “El Gaucho” para corresponder la calificación de Pepe como “El Gallego”. Los Rovetta habían llegado a Beijing el año anterior, en 1975.

A resultas del terremoto, para garantizar la omnipresente preocupación por la seguridad de los expertos extranjeros que trabajaban en la capital, se organizó un viaje por todo el país para mantenerles más alejados del peligro. Pero cuando llegaban a una ciudad, contaba Wu Ruigen, anunciaban que allí también iba a ocurrir un terremoto y salían corriendo para otro lugar. También se le impartieron instrucciones sobre cómo actuar en caso de terremoto, por ejemplo, refugiándose debajo de la cama. En aquel tiempo, Pepe estaba tan gordo que en una ocasión, en una especie de simulacro, después de meterse debajo de la cama con gran esfuerzo, no pudo salir, y su hija Anabel, que le acompañaba, y Wu, se las vieron y desearon para sacarlo. “Luego, los tres reímos a carcajadas”, recordaba Wu Ruigen.

Por aquel entonces, la mayoría de los que arribaban a China traían con ellos un pesado fardo personal atestado de militancias y derrotas. Castedo, que había interiorizado la dura experiencia de la guerra y el ascenso del fascismo en España, comprendía muy bien a quienes llegaban a China desde América Latina con historias a cuestas de militancia política clandestina y memorias de dura represión. No hurgar en la vida de los demás era una norma.

El colombiano Antonio López Jurado, que había llegado a Beijing como resultado de una militancia política clandestina, compartió con él muchos momentos que derivaron en cierta cercanía afectiva y aun así, hoy reconoce que todos eran reservados en muchos asuntos personales en buena medida como consecuencia de las duras experiencias vividas. Eran tiempos de dura represión y saber poco o simplemente no saber se entendía como algo natural. La curiosidad y el chismorreó se hacían a un lado.

Relata también Antonio López que Pepe, en temas políticos, no se abría con cualquiera pero se entusiasmaba mucho cuando se dejaba llevar. Procuraba ser siempre pedagógico y argumentativo, acompañándose de gestos enérgicos en su exposición, haciendo gala de un tono de voz in crescendo a medida que percibía señas de contrariedad. Sin moverse del sitio, cuenta, sus brazos iban desde la puerta hasta la ventana de la pared contraria, siempre hilando fino y reiterando con insistencia sus puntos de vista. Con Pepe, recuerda, se hablaba de lo que él quería, de lo que le preocupaba y a ello reconducía habitualmente su diálogo con los demás.

López lo describe como una persona que acompañaba y sentía afecto por la política de Mao, pero no ciegamente. Según él, Castedo participó en la revisión de la primera edición en español de aquel Libro Rojo en el cual el mariscal Lin Biao había resumido la quincuagésima presencia del pensamiento maoísta.

Al calificarlo de republicano orgulloso, recuerda igualmente que entre sus pertenencias conservaba el uniforme de combatiente, guardado como oro en paño, que una vez se puso para asistir a la recepción de un primer ministro albanés que también había participado en la guerra civil española, probablemente, Mehmet Ismail Shehu, quien luchó en la brigada Garibaldi. El asombro de los asistentes fue mayúsculo. Aquel misticismo republicano y su participación en la guerra civil le dotaba de una aureola que pocos extranjeros tenían en Beijing en aquellos años.

Con las aulas suspendidas durante varios cursos por causa de la Revolución Cultural que se inicia en 1966, apenas dos años después de su llegada, muchos profesores acabaron por abandonar China porque no tenían trabajo. Los que se quedaron fueron los más comprometidos políticamente, algunos llegando incluso a tomar partido en las contiendas fratricidas internas. En el propio Hotel de la Amistad llegaron a formarse diferentes bandos, unos más alineados con las tesis maoístas y de los Guardias Rojos y otros distanciándose de

todo aquello. Difícil ubicar a Pepe, según quienes más le trataron, resaltando su “seriedad científica y política”, en palabras de Antonio López.

En aquel entonces, en los años sesenta y setenta, en el Hotel de la Amistad había muchos chilenos, peruanos, argentinos, uruguayos, ecuatorianos, colombianos y también centroamericanos y todos decían ser maoístas y, a su manera, ciertamente lo eran. Castedo también, orientando su predilección al estudio del pensamiento de Mao desde la óptica filosófica. Y si en el estudio del pensamiento Mao Tse-tung había diferentes líneas en los partidos de los distintos países, esas mismas líneas podían reproducirse en el microcosmos del hotel.

Castedo no podía regresar a España. Tampoco disponía de la alternativa soviética a la que habían recurrido otros expertos extranjeros tras la ruptura entre Beijing y Moscú. China terminó convirtiéndose así, en buena medida, en una patria de sustitución. No se trató únicamente de una permanencia forzada por las circunstancias; con el paso de los años fue interiorizando muchos de los valores y comportamientos que caracterizaban el espíritu de aquella época, hasta el punto de adoptar decisiones que desconcertaron a algunos de sus propios colegas extranjeros. Más de uno le reprochó “que no discutiera antes” con los demás unas iniciativas que en cierto modo les obligaba también a posicionarse.

Antonio López recuerda una de las más significativas. Un día, mediante una sencilla nota colocada en la puerta de su apartamento, Castedo anunció su decisión de reducir voluntariamente su salario a la mitad y abandonar las comodidades reservadas a los expertos extranjeros para trasladarse a vivir junto a los profesores y trabajadores chinos en el Lizelou o Edificio de Lustres Hermosos, situado en el propio recinto de la escuela. El gesto resultaba particularmente llamativo porque conservaba el derecho a seguir residiendo en el confortable Hotel de la Amistad, símbolo de los privilegios asociados al estatus de *waiguo zhuanjia*. Castedo lideró así un peculiar movimiento para equipararse a los residentes locales.

En la China de aquellos años, marcada todavía por las penurias materiales y las restricciones cotidianas, una decisión semejante implicaba una renuncia considerable. Algunos la interpretaron como una muestra de idealismo; otros, como una voluntad sincera de compartir las condiciones de vida de sus colegas chinos y reducir la distancia que separaba a los expertos extranjeros de la sociedad que los acogía. Fuera cual fuese la motivación exacta, el episodio ilustra hasta qué punto Castedo había dejado de contemplar China como un simple destino profesional para convertirla en el centro efectivo de su existencia. Más que adaptarse a China, Castedo parecía empeñado en formar parte de ella.

Wu Ruigen cuenta que Pepe alegaba que era todo cuanto precisaba para cubrir sus necesidades básicas. Pero las condiciones de habitabilidad de la escuela eran preocupantes. Cuando llovía, por ejemplo, el agua penetraba por las tuberías que atravesaban la habitación donde vivía. Los chinos calificaron su actitud de “revolucionaria” y todos los demás se vieron en el deber de seguir su ejemplo y el movimiento de rebajas se extendió a gran parte de la comunidad extranjera. El valor de su salario era diez veces superior al normal en la época para los chinos.

La afinidad con los ideales maoístas y la ilusión de aquella etapa utópica y brutal no le impidió expresar su malestar con una huelga de hambre cuando los Guardias Rojos prohibieron la presentación del primer concierto de una orquesta china en homenaje al Beethoven de quien tanto gustaba, recuerdan Wu Ruigen y Enrique Posada, y que a diario escuchaba en su apartamento en compañía de su gata, vieja y maloliente según los amigos que lo frecuentaban. A Castedo lo mataba la rabia y quiso morirse. No sin antes poner a todo volumen



La Revolución Cultural marcó profundamente a toda una generación.

“La Inacabada”, justamente la sinfonía número ocho, el número de la suerte en China, de Schubert, como diciendo “esto no se ha acabado”... Era como un trueno de reprobación. Durante días solo tomó agua y al cabo de poco tiempo, su vieja úlcera duodenal reventó. En sus alucinaciones pedía ver al “comandante Álvarez del Vayo”.... Pepe, a fin de cuentas, era tan frágil que cualquier golpe o sombra de infortunio lo doblegaba, hundiéndole en un silencio ciego, a pesar de su carácter “destemido y enérgico”.

Cabe destacar que Castedo tenía fama de poseer un equipo de música muy bueno con una colección muy completa de música clásica, recuerda el uruguayo Pablo Rovetta. La música selecta, asegura Enrique Posada, era la única pasión capaz de consumir su energía.

Ese desafío a los guardias rojos hizo temer por su vida, no tanto por el hipotético deterioro de la salud en razón de la huelga, que también, como porque aquellos jóvenes exaltados podían no detenerse a considerar ni su condición de extranjero ni su edad. Aún así, a Pepe nadie se atrevía a tocarle un pelo de la cabeza porque era un ex combatiente de la República española, decía Posada.

Cuando un grupo de los guardias rojos asaltaron el Colegio del Sagrado Corazón en Beijing, Pepe salió en defensa de su acción ante las críticas de algún colega: “Acabas de llegar y ya sacas pecho como testigo de excepción. Esas religiosas, ahí donde las ves con sus caritas de yo no fui, distribuyen propaganda en contra del gobierno...” Probablemente, tenía en mente hechos quizá similares acaecidos durante la guerra civil española.

Pero no todos simpatizaban ni se adaptaban. Viriato Clemente da Cruz, poeta y político angolano, compartió con Castedo años de residencia en China, en el Hotel de la Amistad. Los chinos lo habían rescatado en París, donde había ayudado a crear el MPLA, Movimiento Popular para la Liberación de Angola. Viriato fue secretario general del MPLA y las crisis internas le habían empujado al exilio en China. No tenía simpatías por el modelo maoísta ni tampoco participaba de su visión de la revolución mundial. Esto fue motivo de discrepancia con las autoridades del momento, en plena Revolución Cultural. Falleció en Beijing en 1973. Castedo también discutía con él, según decía por “ponerse en contra de todo”.

En suma, la Revolución Cultural, uno de los períodos más intensos, traumáticos y contradictorios de la historia contemporánea china, acompañó de principio a fin la experiencia de José Castedo en el país. Su estancia en Beijing coincidió casi exactamente con el desarrollo de aquel vasto movimiento político y social que alteró profundamente la vida de millones de personas. Como tantos otros observadores extranjeros, siguió aquellos acontecimientos con una mezcla de fascinación y perplejidad, pero en su caso esa mirada estuvo siempre matizada por una actitud singular que Enrique Posada describía como una combinación de asombro y escepticismo cáustico.

Lejos de la adhesión incondicional que cabría esperar en un ambiente de extraordinaria movilización ideológica, Castedo conservó una notable capacidad crítica. Antonio López, llegado a Beijing en 1975, cuando la Revolución Cultural se acercaba a su desenlace, recuerda que Pepe solía acompañar las frecuentes manifestaciones de admiración hacia Mao Zedong con observaciones incisivas sobre el modo en que este había terminado por imponerse a las propias estructuras del Partido. Le inquietaba especialmente que la autoridad personal del líder hubiera eclipsado en buena medida los mecanismos colectivos de dirección, una circunstancia que, a su juicio, había generado no poco desconcierto dentro y fuera de China.

Esa actitud se hacía particularmente visible en su rechazo a la retórica laudatoria que

rodeaba la figura de Mao durante aquellos años. Castedo mostraba una abierta incomodidad ante los cuatro grandes títulos honoríficos con que se ensalzaba al dirigente chino -Gran Maestro, Gran Líder, Gran Comandante Supremo y Gran Timonel-, que consideraba expresiones de una exaltación excesiva y poco compatible con los ideales igualitarios proclamados por la revolución. Fiel a un carácter donde se mezclaban el inconformismo y una retranca muy gallega, no dudaba en exteriorizar su disgusto ante semejante acumulación de epítetos, a menudo mediante comentarios cargados de ironía que sorprendían a quienes lo rodeaban.

Aquella posición resulta reveladora de su personalidad. Castedo podía sentirse próximo a muchos de los objetivos perseguidos por la revolución china y admirar el esfuerzo colectivo de transformación que observaba a su alrededor, pero ello no le impedía cuestionar algunos de sus excesos. Su relación con la China maoísta fue, por ello, más compleja que la simple adhesión o el rechazo: estuvo hecha de simpatía, curiosidad, identificación parcial y, al mismo tiempo, de una permanente voluntad de preservar el juicio propio.

Apartado temporalmente de la docencia, Pepe fue destinado a otras tareas vinculadas a los medios de comunicación chinos orientados al exterior, un ámbito que en aquellos años adquiriría una importancia creciente en el esfuerzo de Beijing por proyectar su imagen más allá de sus fronteras. Su dominio de los idiomas y su experiencia intelectual lo convertían en un colaborador valioso para unas publicaciones destinadas a explicar la realidad china a lectores extranjeros.

Además de sus labores en Xinhua, colaboró ocasionalmente con la revista semanal *Pekín Informa* y también con *China Reconstruye*, una publicación fundada bajo el patrocinio de Soong Ching-ling, viuda de Sun Yat-sen, que contó entre sus primeros colaboradores con el periodista Israel Epstein. Ambas revistas respondían a objetivos similares de divulgación internacional, pero representaban estilos editoriales sensiblemente distintos.

Mientras *Pekín Informa* mantenía un formato sobrio, centrado en la difusión de orientaciones políticas, documentos oficiales y comentarios sobre la actualidad nacional e internacional, *China Reconstruye* pretendía acercar al lector extranjero una imagen más visual y accesible del país. Sus páginas incorporaban abundante material fotográfico, progresivamente en color, reportajes sobre la vida cotidiana, los avances económicos y las transformaciones sociales, reduciendo el peso de los textos doctrinales. Era, en cierto modo, una ventana más amable y moderna a la China revolucionaria.

La participación de Castedo en estas publicaciones le permitió mantenerse vinculado a la actividad intelectual y cultural del país incluso en los periodos en que las circunstancias políticas limitaron su labor docente. También le proporcionó una posición privilegiada para observar cómo la China de Mao trataba de narrarse a sí misma ante el mundo, combinando propaganda, pedagogía y un creciente interés por mejorar su capacidad de comunicación internacional.

En ese tiempo de tanta efervescencia y tensión, durante la Revolución Cultural, David Crook pasó seis años en la cárcel acusado de espía. Epstein también fue enviado a prisión y en ella permaneció durante cinco años. Shapiro no fue encarcelado pero sí víctima de acoso y pasó muchas dificultades. Sobre todos ellos había recaído la sospecha de trabajar para el enemigo, sea el que fuere.

Castedo reinó en esa comunidad de expertos extranjeros, gente con ideales elevados y convicciones firmes, que en una China pobre y en buena medida aislada del resto del mundo habían decidido dar lo mejor de sí mismos para apoyar su proceso de desarrollo y emanci-

pación. Todos le respetaban por su condición de excombatiente de la República española.

En Beijing, Castedo cultivó una profunda admiración por la cultura china, muy especialmente por su música antigua, porcelanas y reliquias diversas. En su apartamento en el Hotel de la Amistad conservaba muchas réplicas que trasladó a España en 1979. En sus años de estadía, profundizó cuanto pudo en la cultura de forma amplia, incluso en torno a temas de difícil abordaje en la época. A algún próximo, por ejemplo, le comentó en una ocasión: “no vayas a creer en el cacareado puritanismo de los chinos pues te bastará con leer algunas de sus novelas clásicas para darte cuenta de en que medida ellos son más refinados en las cosas del sexo que los occidentales”....

La Revolución Cultural marcó profundamente la experiencia china de José Castedo. Llegó a Beijing apenas dos años antes de su estallido y vivió desde dentro uno de los períodos más convulsos de la historia contemporánea del país. Como tantos otros extranjeros comprometidos con la revolución, contempló con esperanza algunas de sus aspiraciones igualitarias y participó de aquel clima de movilización política. Pero también sufrió sus excesos, sus arbitrariedades y sus contradicciones.

Su trayectoria durante esos años escapa a las simplificaciones. Castedo no fue ni un creyente acrítico ni un opositor desencantado. Admiraba a Mao, pero rechazaba el culto a la personalidad; defendía la igualdad, pero desconfiaba de los dogmas; simpatizaba con el impulso transformador de la revolución, pero no estaba dispuesto a sacrificar por ello su independencia intelectual. Quizá por eso podía rebajarse voluntariamente el salario para compartir las condiciones de vida de sus colegas chinos y, al mismo tiempo, declararse en huelga de hambre cuando los Guardias Rojos prohibieron un concierto dedicado a Beethoven.

Quienes lo conocieron recuerdan sobre todo a un hombre de convicciones firmes, republicano hasta la médula, de carácter difícil pero de gran generosidad, que encontraba refugio entre los libros, la música y las conversaciones con sus pocos amigos. Para varias generaciones de estudiantes chinos fue, simplemente, el maestro Pepe. Y quizá nadie resumió mejor el legado de aquellos años que algunos de sus antiguos alumnos cuando, tiempo después, le confesaban con amarga lucidez: “Maestro Pepe, si es que ahora no sabemos pensar”.

Un pedagogo autodidacta

El venezolano Wilfredo Carrizales, colega de Pepe Castedo y años más tarde agregado cultural de la embajada de Venezuela en Beijing, no escatimó elogios hacia su labor pedagógica. Destacó especialmente su capacidad para desarrollar métodos de enseñanza adaptados a la mentalidad y las necesidades de los estudiantes chinos en una época de absoluta escasez de materiales didácticos. Escritor y sinólogo, Carrizales definió a Castedo como un “pedagogo autodidacta” capaz de innovar a partir de recursos mínimos y de crear metodologías propias para la enseñanza del español en China.

Esa valoración coincide con el testimonio del periodista Manuel Molares, quien residió en Beijing en los años setenta junto a su esposa, la también periodista Lenny Garza, española de origen norteamericano. Molares recordaba las limitaciones materiales y el aislamiento que entonces rodeaban incluso a los residentes diplomáticos en la capital china. Fue allí donde conoció a un personaje singular: Pepe Castedo, a quien describía como un ferrolano excéntrico y brillante, “poeta revolucionario y comunista exiliado en Pekín”.

Según Molares, Castedo impartía clases de español a centenares de alumnos que alcanzaban niveles sorprendentes gracias a su método de enseñanza, basado más en la creatividad y la adaptación que en manuales convencionales. Su talento pedagógico, añadía, era comparable a su inspiración como autor de aforismos, una faceta menos conocida pero muy apreciada por quienes lo trataron de cerca.

Los testimonios de Carrizales y Molares coinciden así en dibujar a Castedo como algo más que un simple profesor extranjero en la China maoísta: un intelectual autodidacta, ingenioso y profundamente comprometido con la transmisión de la lengua y la cultura españolas en un contexto político y humano extraordinariamente complejo.

Todo estaba por hacer en la China de aquel entonces. La enseñanza del español empezó en la década de los años 50, y en los años 60 y 70, los materiales de enseñanza eran insuficientes. En aquel momento había un dicho entre sus colegas: “un libro, dos profesores y tres alumnos”. En aquel tiempo, la Nueva China necesitaba enviar diplomáticos a todo el mundo y el dominio de lenguas extranjeras era una precariedad. Los primeros profesores de español que llegaron a China en los años cincuenta vía Moscú, regresaron a la URSS tras la ruptura de relaciones. Tener un profesor nativo de español era un “tesoro”. Pepe llegó a China en ese momento, en el año 1964. Por aquel entonces, en esa escuela cursaban estudios de formación en lenguas extranjeras unos mil alumnos.

El muy querido profesor Dong Yansheng, fallecido en 2024, aunque no fue alumno de Pepe Castedo, siempre expresó su admiración por la ingente labor pedagógica que este había desarrollado en tiempos difíciles. En ausencia de cualquier material básico de enseñanza de idiomas, la mímica fue su gran aliada para que del aula pudieran salir traductores, intérpretes, diplomáticos, profesores de español, en hornadas caracterizadas por su excelen-

cia y, ojo, aprendiendo a hablar y a comprender el idioma prescindiendo de la gramática. Su condición de autodidacta le supuso un enorme plus de esfuerzo que a la postre le granjeó la fama de pedagogo creativo y comprometido.

Pepe Castedo impartía sus clases en el aula 113 de la escuela anexa al Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing. Sus alumnos, todos, tenían buenas notas, generalmente superiores a 95 puntos -de 100-, y destacaban especialmente en las habilidades de traducción. El magisterio de Castedo era una garantía para terceros.

Para Cen Chulan, profesora de la Universidad de Lenguas Extranjeras de Beijing, en medio de la precariedad más absoluta Castedo fue capaz de ingeniárselas para idear métodos de enseñanza adaptados a la mentalidad china. Algo que nadie había hecho hasta la fecha. Su idoneidad fue tal que luego fueron aplicados en otros centros académicos.

Gran parte del tiempo libre, Castedo lo dedicaba al estudio e investigación de diversos métodos de enseñanza que le permitieran sortear las limitaciones objetivas de su docencia.

La esencia del modelo de enseñanza de Castedo consistía en excluir la gramática e introducir a los alumnos de forma progresiva en el idioma a través de diversas experiencias, desde la mímica al canto, los juegos o el baile. Sus alumnos aprendían a hablar y a comprender el idioma prescindiendo de ella. Esto facilitaba mucho la participación y la atención, de modo que sus clases se hacían muy amenas.

Un modelo ciertamente forzado por la falta absoluta de recursos pero que dio un brillante resultado. Para aprender, no había otra opción que participar activamente en el aula.

Wu Ruigen recuerda que para comunicarse con ellos utilizaba la mímica, dibujaba en el encerado lo que explicaba, cantaba, bailaba y jugaba con sus alumnos. Finalmente, obviando prácticamente la gramática, sus alumnos aprendían a comprender y hablar español llegando a ser excelentes traductores e intérpretes.

Por su parte, Cen Chulan recuerda que a veces, para explicar bien una palabra, utilizaba todos los medios a su alcance siempre con originalidad y devoción. Por ejemplo, para explicar la palabra “gustar”, ponía en la boca la tiza que llevaba en la mano, o para explicar la palabra “acostarse”, simplemente se acostaba en el suelo del aula.

El maestro Pepe se distinguía, según recuerdan unánimemente sus antiguos alumnos, por la claridad de sus explicaciones y por una forma de enseñar llena de viveza, cercanía y alegría. Comenzó impartiendo clases a los estudiantes más jóvenes, avanzando siempre de manera gradual, desde lo más sencillo hasta lo más complejo. Para ello recurría con frecuencia a los cuentos, las ilustraciones y los dibujos, convirtiendo el aprendizaje en una experiencia tan natural como estimulante. Los alumnos seguían sus clases con entusiasmo y, al cabo de apenas un año, ya eran capaces de comprender y relatar pequeñas historias en español. Todo ello tenía lugar mediante un método singular que privilegiaba la escucha, la comprensión y la expresión oral, hasta el punto de que los estudiantes aprendían a hablar y entender el idioma prácticamente obviando enseñanzas formales. En suma, Pepe enseñaba español antes que gramática, palabras antes que reglas y comunicación antes que teoría.

Jin Guoping, también alumno suyo, recuerda su gran sentido del humor. Era una persona mayor, de mal genio según el parecer de muchos, pero con un gran corazón para quien tenía la feliz oportunidad de conocerlo y tratarlo directamente, siempre animado y enérgico, especialmente con “sus niños” con quienes hacía alarde de sus bromas, sobre todo en las aulas, comportándose de forma incluso cómica para mejorar la atención de los alumnos. A pesar de ser autodidacta, era creativo, muy metódico y meticuloso en la enseñanza.

Al profesor Jin Guoping le gusta destacar como su admirado maestro descartó los mé-



Una excursión con sus alumnos.

todos tradicionales chinos de enseñanza del español que se enfocaban en el modelo “enseñanza con base en textos”, es decir, el leer y el escribir siempre predominando sobre el escuchar y el hablar, creando su propio método que incidía en lo contrario: primero escuchar y hablar, después leer y escribir, finalizando en traducir. Pepe Castedo centraba toda su energía en lo primero, dejando la segunda y tercera tarea a cargo de los profesores chinos.

Antes de recibir un texto, recuerda Jin Guoping, oíamos la grabación de Pepe tantas veces como fuera necesario hasta poder transcribir textualmente todas las voces grabadas. Es por eso que éramos muy buenos escuchando frases y comprendiendo palabras con diferentes formas de pronunciación.

El director del Instituto Confucio de Barcelona y profesor de la Universidad de Lenguas Extranjeras de Beijing, Chang Shiru, expresaba en una entrevista concedida a la Agencia Xinhua el 26 de noviembre de 2018 su agradecimiento de por vida pues Pepe “le había dado esperanzas en épocas duras y difíciles”. Cuenta Chang que después de graduarse en la escuela secundaria anexa a la universidad, se vio obligado a ir al campo para trabajar con los campesinos en el norte de la provincia de Shaanxi, en el noreste de China, viviendo en las cuevas con ellos. Pero seguía estudiando el español y terminó de estudiar los tres libros de enseñanza de la lengua de la universidad. En aquel momento no tenía ningún profesor a su lado. Y en Beijing, en plena efervescencia de la Revolución Cultural, tampoco había clases. Entonces, enviaba los ejercicios por correo al profesor Pepe, quien también se los corregía y se los devolvía por correo.

El profesor Chang recuerda que tenía cuatro cuadernos de práctica, hechos por él mismo y cada cuaderno contaba con unas 70 o 80 páginas tamaño A4, en los que escribía profusamente los ejercicios en español. El profesor Castedo le corregía letra por letra. Cuando regresó a Beijing en 1973, Chang pudo reunirse de nuevo con su maestro pudiendo, por fin, expresarle su felicidad y agradecimiento por tanta generosidad. Chang, confesaba a la periodista de Xinhua, Feng Junwei, que lo recordaba “en lo más profundo del corazón”.

Además, Pepe no solo impartía clases a sus alumnos sino que se encargaba voluntariamente de ayudar a los otros profesores chinos a resolver dudas en la gramática del español o en la lectura de periódicos o libros. Sus colegas le visitaban en el Hotel de la Amistad para consultarle. Según recuerda la profesora Cen, iban a su casa unas dos o tres veces por semana para aclarar dudas y mejorar su nivel, lo cual contribuía mucho a mejorar sus clases. Era esta una sesión de aprendizaje mutuo en la que unos despejaban incógnitas y él mismo autoaprendía al verse obligado a reflexionar y plantearse asuntos en los que quizás no había reparado. Como siempre iban tres profesores juntos, Pepe les llamaba en broma “los tres, siempre los tres”. Les recibía en casa y armado de paciencia, uno a uno iba abordando todos los temas. Por todo ello no cobraba ni un centavo.

Aquellos encuentros le motivaban también para elaborar textos adaptados a la enseñanza, que iban desde el tercer año de la primaria al tercer año del bachillerato. Pepe lo preparaba todo en un tiempo de enorme escasez de materiales pedagógicos y cuando la enseñanza del español en China aun daba sus primeros pasos. Unos materiales eran para los alumnos, otros para la lectura en clase. Sus pupilos destacaban por las buenas notas y, sobre todo, en las habilidades asociadas a la traducción.

La profesora Cen Chulan siempre sintió un gran afecto y admiración por Pepe Castedo, a quien consultaba sus dudas con una asiduidad por encima de la media. La pasión que aplicaba a la enseñanza, constituía todo un ejemplo de vocación, tan tardía, bien es verdad, que probablemente sorprendió también al propio Castedo. Pero por fin, en la madurez, se sentía realizado.

Cuenta también Cen Chulan, reconocida por muchos como la memoria viva de la enseñanza del español en China, que Castedo se caracterizó siempre por manifestar una gran dedicación, entrega y generosidad.

Recuerda, por ejemplo, que en 1972 regaló a la escuela los dos tomos de “Vida y diálogos de España”, con una serie de casetes y diapositivas cuyo coste equivalía a su salario mensual y al salario de varios años de una persona común y corriente en China.

El método de “Vida y diálogos de España”, basado en la memorización pura y dura, contrastaba con el poder divertido de la mímica que Castedo utilizaba en las clases para romper barreras con los alumnos. Como no podía ser de otro modo, ese teatrillo, junto con las excursiones, encandilaba a todos.

Guberina y Rivenc pusieron de moda en Francia el método y Rojo Sastre, Rivenc y A. Ferrer publicaron “Vida y diálogos de España”, que se divulgó bastante en su momento a pesar de que, como señala Dolores Soler-Espiauba, “sus textos están basados en la repetición exhaustiva de estructuras fuera de contexto, frases solemnes y secas, desprovistas de cualquier marcador o expletivo”. Pero cuando nada más había, sabía a gloria. La propia profesora Cen Chulan ha cantado en numerosas ocasiones la excelencia del método en la época y la devoción de Pepe hacia la escuela.

Este material se usó a partir del curso siguiente y durante bastantes años, con excelentes resultados. Exponente del método estructuro-global audiovisual también se trabajó bastante con él en España. Los dos tomos contaban con más de 1.211 imágenes y resultaba tan interesante a los alumnos que algunos confesaron que les empezó a gustar el español por su contenido, ya que no solo ayudaba a pronunciar bien sino que informaba de los hábitos, costumbres y la cultura de España. Los autores, con sus diapositivas y grabaciones, habían logrado aunar la calidad con lo cotidiano, convirtiéndose en un recurso que durante muchos años sirvió como soporte esencial de las clases.

Por un tiempo, los Guardias Rojos prohibieron usar dichos materiales porque recreaban situaciones propias de los países capitalistas.

En 1974 se convirtió formalmente en material de enseñanza de la universidad y hasta la década 90 se siguieron utilizando sus diapositivas como un importante activo de la clase de práctica de español. Si los graduados tenían una pronunciación muy buena se debía en gran parte a este valioso material facilitado por Pepe.

Jin Guoping recuerda que Pepe amaba a sus alumnos como un abuelo ama a sus nietos. Su diligencia y perseverancia no eran sino expresión de una honestidad y sinceridad que ponía en práctica a través de su vocación pedagógica. Pepe demostraba continuamente que sentía un gran afecto por sus estudiantes y ese cariño le estimulaba para perfeccionarse.

Aun hoy día su memoria está impregnada de sus dos olores característicos: el de su perfume y el del cigarro. Estas dos fragancias eran característicos de los extranjeros en Beijing y algo chocantes para los chinos en general en los años 60-80 del siglo pasado.

Pepe Castedo no hablaba chino; sin embargo, empatizaba mucho con los chinos, quienes se sentían especialmente a gusto en su compañía, haciendo bromas con su gran barriga. En tono afable, le decían ¡Pepe, leila! cuando le veían llegar, apodándole también el “tuerito” no solo por la falta de visión en un ojo sino por su apariencia irreverente.

Fue en China donde Pepe Castedo, ya en una edad madura, se dedicó por primera vez a la enseñanza del español, autodescubriendo su vocación docente. A sus 50 años, Castedo, autodidacta, descubrió la educación como una capacidad oculta, albergando grandes cualidades que le convirtieron, a ojos chinos, en un afamado y muy venerado “experto extranjero”.



Con Bian Xue Heng, en las inmediaciones de la escuela.

Cualquiera puede imaginar las dificultades que debió enfrentar en sus primeros contactos y tareas con niños y jóvenes chinos, ya que estos no conocían ni una palabra de español ni de otro idioma extranjero. Castedo, tampoco de chino. Ni tenía experiencia como profesor.

Pero en la educación encontró, sin duda, el remanso de paz que necesitaba para pensar y especular en un contexto en el que a menudo le surgían más preguntas que respuestas, cuando la China a la que había llegado con el ánimo de ayudar a construir, iba derivando hacia otros caminos.

Durante los años más aciagos de la Revolución Cultural, Castedo fue el único profesor español que permaneció en China. Castedo iba por libre y sin más bagaje que sus cicatrices. Desde su púlpito formó a muchos hispanistas, traductores, intérpretes, diplomáticos, altos funcionarios, que agradecían su desvelo por la enseñanza. Aun con las aulas suspendidas y sus colegiales enviados a trabajar al campo, se esforzaba por mantener su magisterio a través de una correspondencia constante.

El eco de aquella complicidad llega hasta hoy día. En enero de 2022, en plena pandemia de Covid-19, dos alumnos suyos, Liu Jing y Zhu Xiaoming, visitaron su columbario en la Almudena. Sus cenizas reposan junto a las de su esposa, María de las Nieves García-Baones... Sus ex alumnos quisieron honrar su memoria depositando unas flores.

La relación con sus alumnos, a decir de estos, era de gran cercanía. Aun hoy hablan de él como una persona muy comprometida con la educación pero también humanamente entrañable. Algunos recuerdan sus canciones, que grababa en un magnetofón para que pudieran escucharlas a menudo. Primero la lección y después la canción.

Pepe sentía auténtica devoción por sus alumnos. En una ocasión llegó a decir que después de su muerte quería que lo sepultaran en la Universidad de Lenguas Extranjeras de Beijing para ver siempre crecer a sus queridos educandos. En cierta medida, como señala la profesora Cen Chulan, vio cumplido su deseo porque su dedicación y afecto por los alumnos quedó para siempre arraigado en sus corazones. Algunos de ellos hoy son empresarios, diplomáticos, profesores o intelectuales.

A la postre, su singular contribución le sería reconocida gracias a la intervención del embajador Felipe de la Morena, quien le convirtió en el primer profesor de español agasajado con la Orden de Alfonso X el Sabio por sus méritos educativos en China. Castedo, aseguró en su justificación de motivos el autor de *Deng Xiaoping y el comienzo de la China actual*, “supo desarrollar métodos de enseñanza adaptados a la mentalidad china en un entorno de precariedad extrema, elaborando textos para la enseñanza desde el tercer año de primaria al tercer año del bachillerato”.

El embajador de la Morena recuerda que era tal la devoción que había cosechado entre sus alumnos en sus 14 años de ejercicio docente que para la ceremonia de imposición de la condecoración debió habilitarse un gran auditorio cercano a la embajada en Dongsishitiao, en lo que es hoy un Centro de Intercambio Cultural Internacional, para acoger a tantos que no se querían perder el evento, desde profesores a diplomáticos, desde traductores a altos funcionarios.

De la Morena visitó personalmente la escuela donde Castedo impartía aulas y recuerda con admiración su denodado empeño para garantizar un aprendizaje de calidad con unos medios mínimos, formando generaciones de alumnos que pasaron a ocupar puestos de responsabilidad en el Estado o en el Partido Comunista. Al evocar el momento en que le impuso la condecoración por los servicios relevantes prestados en el ámbito de la cultura española, destacó esa importante presencia en el acto público de centenares de antiguos alumnos suyos y personalidades relevantes de la cultura.

21. 两	(数)	liǎng	dos (un par)
22. 有	(动)	yǒu	tener - haber
23. 香蕉	(名)	xiāngjiāo	platano
24. 没	(副)	méi	no. (negativo) ↳ verbo tener
没有		méi yǒu	no hay ↳ otros verbos tiempo pasado.
25. 还	(副)	hái	aun
26. 别的	(代)	biéde	otros
27. 东西	(名)	dōngxi	cosas
28. 斤 斤	(量)	jīn	media kilo.
29. 苹果	(名)	píngguǒ	manzana PINGGUAN - Hostal
30. 一共	(副)	yí gòng	en total
31. 块	(量)	kuài	un juan un pedazo de algo

声母	s	p	f	k
母	iang		uai	

yige bēi (zi) un vaso
补充 生词
Bǔchōng shēngcí

1. 牛奶	(名)	niú nǎi	leche de vaca
2. 面包	(名)	miàn bāo	pan
3. 桔子	(名)	jú zi	naranja
4. 梨	(名)	lí	pera
		pú táo	uva.
		- 6-3 -	
		pú táo jiǔ	vino de uvas
		hóng pú táo jiǔ	vino tinto
		bái pú táo jiǔ	vino blanco

Apuntes de clase.

De la Morena calificó de “admirable” la labor de Pepe Castedo, llevada a cabo “aisladamente”, pero “con gran eficacia”, situándole como referente principal de un nuevo punto de partida de la legación diplomática española en China que a partir de entonces se afanó en desarrollar un programa de actividades culturales.

Fue el Embajador Felipe de la Morena quien alertó en un despacho al Sr Ministro de Exteriores Marcelino Oreja, de la conveniencia de preparar un programa de intercambio de profesores para enseñar español en China, apoyándose en el ejemplo y el prestigio de Castedo. También lamentó que “por razones personales y familiares haya decidido regresar a España”.

Pepe Castedo regresó a la península antes de recibir esa condecoración. En España no encontraría su lugar y sus problemas fueron múltiples. Intentó retornar a Beijing para quedarse pero ya soplaban otros vientos y no había sitio tampoco para él. Propuso entonces un ciclo de conferencias al Departamento de Español de la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing y preparó unos “Apuntes de literatura española moderna”, que transcribió entre el 15 de noviembre de 1979 y el 19 de diciembre de 1981.

En una primera entrega, analiza el estado de la literatura española entre 1900 y 1939, un texto fechado en Málaga a 1 de enero de 1980. Una segunda se refiere a la novela, fechado a 12 de agosto de 1979. Un tercer capítulo referido a la poesía en el siglo XX, está fechado a 3 de octubre de 1979. El capítulo cuarto se refiere al teatro entre 1905 y 1940, fechado a 15 de noviembre de 1979. Le sigue una semblanza de la literatura posterior a la guerra civil, fechada en noviembre de 1980. “Una idea sobre el teatro actual en España en los últimos 30 años”, está fechado en Málaga, en febrero de 1980. En total, 176 páginas, acompañadas de una sucinta explicación del vocabulario que contienen las conferencias, atendiendo correlativamente a los sucesivos capítulos.

La edición, mecanografiada por él mismo, le fue confiada al Embajador Felipe de la Morena para su custodia.

Un amante de la fotografía

Si la profesión de ayudante de dirección que le atribuyen algunos documentos oficiales guarda relación con alguna etapa poco conocida de su trayectoria, acaso también ayude a explicar una de sus grandes pasiones: la fotografía. Castedo rara vez se separaba de su cámara y compartía esa afición tanto con sus colegas como con sus alumnos, a quienes acompañaba en excursiones y actividades fuera de las aulas.

Para un observador occidental dotado de curiosidad intelectual, la China de los años sesenta y setenta constituía un inmenso campo de descubrimiento. Castedo fue plenamente consciente de ello y, en la medida de sus posibilidades, se dedicó a documentar cuanto veía a su alrededor. Quienes llegaron a conocer parte de su archivo coinciden en destacar el extraordinario valor de aquella colección fotográfica, hoy lamentablemente desaparecida o, al menos, no localizada.

Sus imágenes capturaban una China en plena transformación, un mundo que se encontraba a medio camino entre la tradición secular y las convulsiones de la modernidad revolucionaria. Eran testimonios de un paisaje humano y urbano destinado a desaparecer en pocos años.

El escritor venezolano Wilfredo Carrizales recordaba que Castedo le había mostrado algunas tomas en la plaza de Tiananmen en 1964, poco después de su llegada a Beijing. En ellas podían verse camellos bactrianos procedentes de Mongolia Interior descansando sobre el suelo o tirando de las caravanas que, desde el desierto de Gobi, llegaban a la capital transportando mercancías. Escenas que hoy parecen extraídas de otro siglo, pero que entonces formaban todavía parte de la vida cotidiana de la ciudad.

Entre los tesoros de su colección figuraban asimismo numerosas imágenes de las antiguas murallas de Beijing y de sus monumentales puertas, vestigios de la capital imperial que estaban siendo demolidos precisamente en aquellos años para dar paso a la nueva ciudad socialista. Castedo tuvo la intuición de preservar con su cámara los últimos momentos de aquel paisaje urbano milenario. Gracias a ello, al menos durante algún tiempo, conservó el testimonio visual de un Beijing que ya no existe y que probablemente nunca volverá a existir.

Carrizales, entonces alumno en la Universidad de Beijing, ha lamentado mucho que, paradójicamente, no existan apenas fotografías del propio Castedo.

Enrique Posada refiere también una faceta menos conocida de Castedo: su interés por el cine. Según su testimonio, durante los años que pasó en París habría trabajado ocasionalmente en actividades relacionadas con el mundo cinematográfico y conservó siempre una pequeña cámara de cine que llevó consigo a Beijing. Con ella registraba acontecimientos especiales y escenas de una China que atravesaba algunas de las transformaciones más profundas de su historia contemporánea.

La Revolución Cultural le ofreció innumerables motivos para empuñar aquella cámara. Castedo filmó actos públicos, concentraciones multitudinarias y escenas de la vida política que se desarrollaban en torno a la plaza de Tiananmen, convertida entonces en el principal escenario de movilización de masas. Día tras día, decenas de miles de personas acudían allí para participar en manifestaciones, sesiones de denuncia pública o demostraciones de fervor revolucionario contra quienes eran señalados como “derechistas” o enemigos de la revolución.

En una de aquellas ocasiones estuvo a punto de verse envuelto en un serio incidente. Posada relata que, al advertir la llegada de varios camiones cargados con personas sometidas a escarnio público, Castedo decidió comenzar a filmar. Sobre las plataformas viajaban hombres de pie, con grandes tablones sujetos a la espalda y cubiertos de inscripciones que él no alcanzó a leer, aunque comprendió inmediatamente su carácter acusatorio. La escena poseía una enorme fuerza simbólica y documental, y decidió registrarla pese a los riesgos evidentes.

Su presencia no pasó inadvertida. Era difícil que lo hiciera. En medio de aquella multitud enfervorizada destacaba la figura del extranjero, el “Nariz Grande”, como solían denominar popularmente a los occidentales. Algunos guardias rojos advirtieron que estaba filmando y exigieron la entrega inmediata de la cámara. Castedo se negó.

La negativa desencadenó una situación cada vez más tensa. Varios jóvenes con brazaletes rojos formaron un círculo a su alrededor mientras aumentaban los gritos y las amenazas. El ambiente se fue tornando hostil y todo parecía indicar que sería obligado a someterse a una humillación pública semejante a las que sufrían tantas otras personas durante aquellos años. Según el relato de Posada, cuando la situación parecía a punto de desbordarse y algunos pretendían forzarlo a realizar las reverencias rituales de autocrítica y sumisión, un automóvil negro irrumpió inesperadamente en la escena. Dos hombres descendieron del vehículo y lograron apartarlo de la multitud, poniéndolo a salvo.

Nunca quedó del todo claro quiénes eran aquellos inesperados protectores ni por qué intervinieron. Lo cierto es que Castedo conservó la cámara y abandonó la plaza sin mayores consecuencias. El episodio ilustra bien una de las características que quienes lo conocieron le atribuyeron con frecuencia: una mezcla poco común de curiosidad intelectual, valentía personal y una cierta inclinación a situarse allí donde la historia estaba sucediendo.

Los hijos de Enrique Posada le recuerdan especialmente por lo mucho que disfrutaban con él haciendo fotografías o grabando películas. Podían percibir cuanto él apreciaba esta actividad.

¿Por influencia de Álvarez del Vayo?

El porqué Pepe Castedo decidió en su momento dar un giro a su vida poniendo rumbo a China es una incógnita difícil de despejar. No obstante, cabe significar la importancia que pudiera haber tenido tanto su desilusión con la experiencia republicana en España y la guerra civil como con otras vinculadas al socialismo de inspiración soviética.

Nuestro hombre es un republicano de izquierdas que participó en la contienda como lugarteniente del llamado “Capitán Félix” y, posteriormente, según la versión que circuló en algunos ambientes en Beijing se hizo guerrillero.

Castedo, no obstante, manifestó siempre y de forma pública y notoria una gran admiración por Julio Álvarez del Vayo y este si tiene una conexión con China y esa relación si podría haber influido en la propia decisión de Castedo de viajar a China, un gesto ciertamente infrecuente en aquella época por parte de exiliados que no estuvieran radicados en la Unión Soviética o en países de América Latina.

Figura tan rica y polémica como compleja, socialista y ministro de Estado (Asuntos Exteriores) con Largo Caballero y Negrín, fue expulsado del PSOE en 1946. Por aquel entonces sus exilios transitaban consecutivamente en los Estados Unidos, México y, finalmente, Ginebra, Suiza.

Álvarez del Vayo viajó a China en 1957, 1961, 1967 y 1973. Conoció al emperador Puyi, Mao, Zhou Enlai, Guo Muruo, entre muchos otros. Admirador de Sun Yat-sen, del Vayo escribió cuatro libros sobre China: “*Reportaje en China. Presente y futuro de un gran pueblo*” (1958), “*China vence*” (1964), “*Give me Combat*” (1973), que en 1975 se publicó en castellano como “*En la lucha. Memorias*”. Tras su última visita a China en 1973, anunció “*China al alcance de todos*”....

Fruto de la primera visita a China publicó un libro de estilo periodístico, *Reportaje en China. Presente y futuro de un gran pueblo* (Grijalbo, México, 1958), en el que hace una defensa del sistema chino. En aquel viaje se entrevistó con el primer ministro Zhou Enlai y con el escritor Guo Moruo, participando en el desfile del 1 de Mayo de aquel año en la Plaza de Tiananmen. Era un momento de apertura al exterior y de éxito del I Plan Quinquenal, en vísperas de la “campana de las Cien Flores”.

Álvarez del Vayo volvería a China en 1961, viaje del que resultaría otro libro, *China vence*, en 1964, publicado en París por la editorial Ruedo Ibérico, creada tres años antes por cinco refugiados españoles para hacer frente a la dictadura franquista editando libros en los que se exponían tesis alternativas a las oficiales del régimen y que luego eran introducidos clandestinamente en España. En ese París residía Pepe Castedo y, sin duda, la editorial era muy familiar para los exiliados.

Sus textos fueron calificados por algunos críticos como “altavoz de la propaganda comunista”. En este volumen dedica un capítulo a las relaciones entre China y España, exal-



Álvarez del Vayo visitó China en varias ocasiones.

tando el apoyo de China a la lucha antifranquista. Del Vayo se rinde ante la figura de Mao y se implica mucho en el acontecer de la política china, afanándose por acercar el modelo del gigante oriental a países occidentales como España. Al regreso de China coincidió en Moscú con Zhou Enlai en el XXII Congreso del PCUS y fue testigo del enfrentamiento con los soviéticos.

Aun visitaría China una tercera vez en 1967. Comprensivo y condescendiente, argumentaba y justificaba lo acontecido durante la Revolución Cultural. De los pocos visitantes españoles a la China maoísta parece que fue el que acabó más comprometido con la causa. En su “*Historia de las relaciones hispano-chinas*” (Catarata, 2025), Alfonso Ojea lo señala como el exiliado republicano con mayor conocimiento y amistad con la China maoísta. Quizá por eso también se convirtió en un referente de los movimientos maoístas que en España iban arraigando a finales de los sesenta.

Aun aspiraba a un cuarto viaje, pero el establecimiento de relaciones diplomáticas con la España de Franco en 1973 probablemente se lo impidió. En ese año publicaría *Give me combat. The Memoirs of Álvarez del Vayo*, (Boston, Little Brown and Company).

Es posible que esa relación tan estrecha del tan admirado Álvarez del Vayo con China influyera en la elección de Pepe Castedo. No consta, en cualquier caso, que hubiera coincidido con él en la visita llevada a cabo en 1967, lo cual no sería ilógico en aquellos años, pues por su status paradiplomático era habitual la invitación a las recepciones organizadas para agasajar a visitantes extranjeros destacados.

Del Vayo era considerado en la época por las autoridades chinas “un extranjero en quien se podía confiar”. Los últimos 20 años de su vida no dejó de expresar su interés, afecto y admiración por China”. Aun con sus contradicciones, es llamativa su práctica eliminación de la nómina de notables que han desempeñado un papel relevante en el fomento del conocimiento mutuo entre España y China.

Para Pepe Castedo, según manifestaba de forma reiterada ante sus más allegados, Vayo era quien mejor simbolizaba la firmeza de la lucha antifranquista.

El secreto mejor guardado de Pepe Castedo

Un halo de cierto misterio ha rodeado siempre la figura de Pepe Castedo. Tan locuaz como enigmático, su arribo a la China de Mao, a las puertas de la Revolución Cultural, cuando medio mundo de solidaridad había hecho las maletas unos años antes tras el punto álgido de la controversia sino-soviética, desataba inevitablemente las especulaciones.

Ese primer Castedo con el que uno se encuentra es el pedagogo autodidacta, quien se vuelca a tope, a partir de cero, con sus estudiantes y colegas, sin mimbres apenas, para capacitar en español a quienes debían desempeñar altas responsabilidades en los más diversos campos del mandarinato. Castedo supo ingeniárselas para despertar el afecto de sus alumnos y, a la vez, adiestrarlos en el óptimo y hábil manejo de la lengua. Todo ello con altas dosis de generosidad, sacrificio y compromiso personal.

Ese Castedo, no necesariamente maoísta, era también el republicano, el que había participado y sufrido la guerra civil española, con visible huella en su aspecto físico, lo que aportaba ante terceros un plus de heroicidad y coherencia que generaba simpatía y respeto por igual, desde luego entre la comunidad china militante pero también entre la compungida y limitada comunidad extranjera que en aquellos años pululaba por una China de nuevo encerrada en los límites de la Gran Muralla.

Podíamos explicar esa rara deriva oriental de Castedo en función de una militancia republicana, progresista, no comunista ni filosoviética, que, por casualidades de la vida, le habría catapultado de París a Beijing en 1964. A ese París habría llegado unos años antes huyendo de la asfixia franquista, que tanto podría interpretarse como irrespirable por se en atención a la ausencia de libertades básicas como simplemente amenazante a título personal en primer término. Y seguía huyendo, con el franquismo pisándole los talones como abundan algunos testimonios relevantes y documentados.

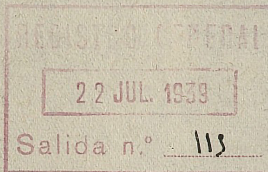
Su trágica muerte, suicidio según algunos, envenenamiento criminal según otros, hacía oscilar su tránsito vital entre la decepción que había connotado la vida vivida hasta el momento (la pérdida de la guerra, el agrio reencuentro con la España posfranquista cuando regresó en 1979, el olvido de la China posmaoísta cuando se planteó volver...) y el ajuste de unas cuentas que otros nunca le habían perdonado. Esos otros serían los mismos que identificado le tenían y que no le habrían dejado en paz ni en Madrid ni en París y que, finalmente, le obligarían a alejarse aun más de los suyos, su esposa, y sus dos hijos. La seguridad es una constante en su agenda de preocupaciones vitales.

¿A qué tanto enigma? Aquel exiliado, aquel profesor, aquel individuo de apariencia irreverente tenía, no obstante, un secreto que podría explicar su impulso existencial tras la guerra, finalizada cuando apenas tenía 25 años.

Se sabía de la filiación de Castedo en la 209 Brigada Mixta en Alcalá de Henares que se formó a primeros de agosto de 1937 con efectivos de la 46 División, a la que fue asignado.

DELEGACION DEL ESTADO
DE
RECUPERACION DE DOCUMENTOS.

Seccion de Policia-militar.
S.I.P.M.



Don Jesus Manuel Sanchiz Granero, Teniente Jefe de la
Seccion de Policia Militar de esta Delegacion del
Estado de Recuperacion de Documentos.

CERTIFICO: que en los archivos que obran en esta
Sección y en su Legajo 63-131-4 existe documentación
referente a DON JOSE CASTEDO CARRACEDO, que copiada
literalmente dice lo siguiente:

«Hay un mambrete con el escudo republicano rojo, que
dice: Ejército del Centro.-Estado Mayor.-Jefatura
del S.I.E.P.-Nº 1893.-Por el presente notifico a ese
Pagaduría que el Teniente de Ingenieros, Don José
Castedo Carracedo está prestando servicio en esta
Dependencia desde el 18 de julio pasado.-Lo que se
comunica a los efectos del abono a dicho Oficial de
los pluses que le corresponde desde la expresada fe-
cha.-Madrid 10 de agosto de 1.938.-El Jefe del S.I.
E.P.-José Fernández.-Firmado y rubricado.-Pagaduría
Central de Campaña.-Hay un sello en tinta morada
que dice: Ejército del Centro. Jefatura del S.I.E.P.

Y para que así conste y surta los efectos que
sus originales respectivos obrantes en estos archi-
vos lo hago en Madrid a 22 de julio de 1.939.-año
de la Victoria.

El Tte. Jefe de la Sección de Policía Militar.

Bo copia

La jefatura se encomendó al mayor de milicias Severiano Aparicio Gaya. El comisario era José del Campo Cayol, del PCE, coautor con Castedo del libreto “El último beso”. Cayol firmaba como “J. Loy”.⁵

Más allá de eso, la filiación en el SIEP, el Servicio de Inteligencia Especial Periférico, adscrito al Estado Mayor Central del ejército republicano, donde sirvió como Teniente de Ingenieros, un servicio bastante clandestino involucrado en múltiples operaciones relacionadas con el espionaje táctico y estratégico, podría explicar mucho.

El SIEP era un departamento extremadamente clandestino. La información sobre sus mandos no es muy abundante. Su primer jefe operativo fue Antonio Pérez, pero el más destacado fue Ángel Pedreira Lemos (1937-1938), quien profesionalizó la unidad, amplió la red de agentes y dirigió numerosas misiones tras las líneas franquistas.

Bajo su liderazgo, el SIEP alcanzó su mayor desarrollo operativo. Natural de Galicia, era conocido, entre otros -“capitán Pedreira”, “don Ángel”- como “El Gallego”, paradójicamente como también sería conocido Pepe Castedo en sus años en Beijing.

Pedreira Lemos fue el jefe más eficaz y estructurador del SIEP republicano, con talento para la inteligencia. Su biografía posterior es difícil de rastrear por el carácter clandestino de su actividad y la destrucción documental tras la guerra. Se sabe que tras la derrota republicana pasó a Francia, siendo internado temporalmente en campos del sur. No existe documentación concluyente sobre su muerte, que debió ocurrir entre las décadas de 1960 y 1970.

Sirviendo en el SIEP, Castedo debió acreditar algún tipo de “conocimientos militares, la técnica del trabajo clandestino y el sentido de la vigilancia”, aptitudes exigidas en el servicio. Los voluntarios sin preparación debían realizar un curso de diez días para llegar a ser agentes residenciales, viajeros o reservados. Los primeros vivían permanentemente en territorio enemigo; los viajeros cruzaban las líneas para llevar a cabo misiones de un par de días y los reservados se utilizaban en determinados sectores para recabar una mayor información.

El SIEP tenía por misión principal obtener información sobre el enemigo mediante espionaje en la retaguardia del bando sublevado. Fue creado oficialmente en diciembre de 1937, aunque ya estaba funcionando antes.

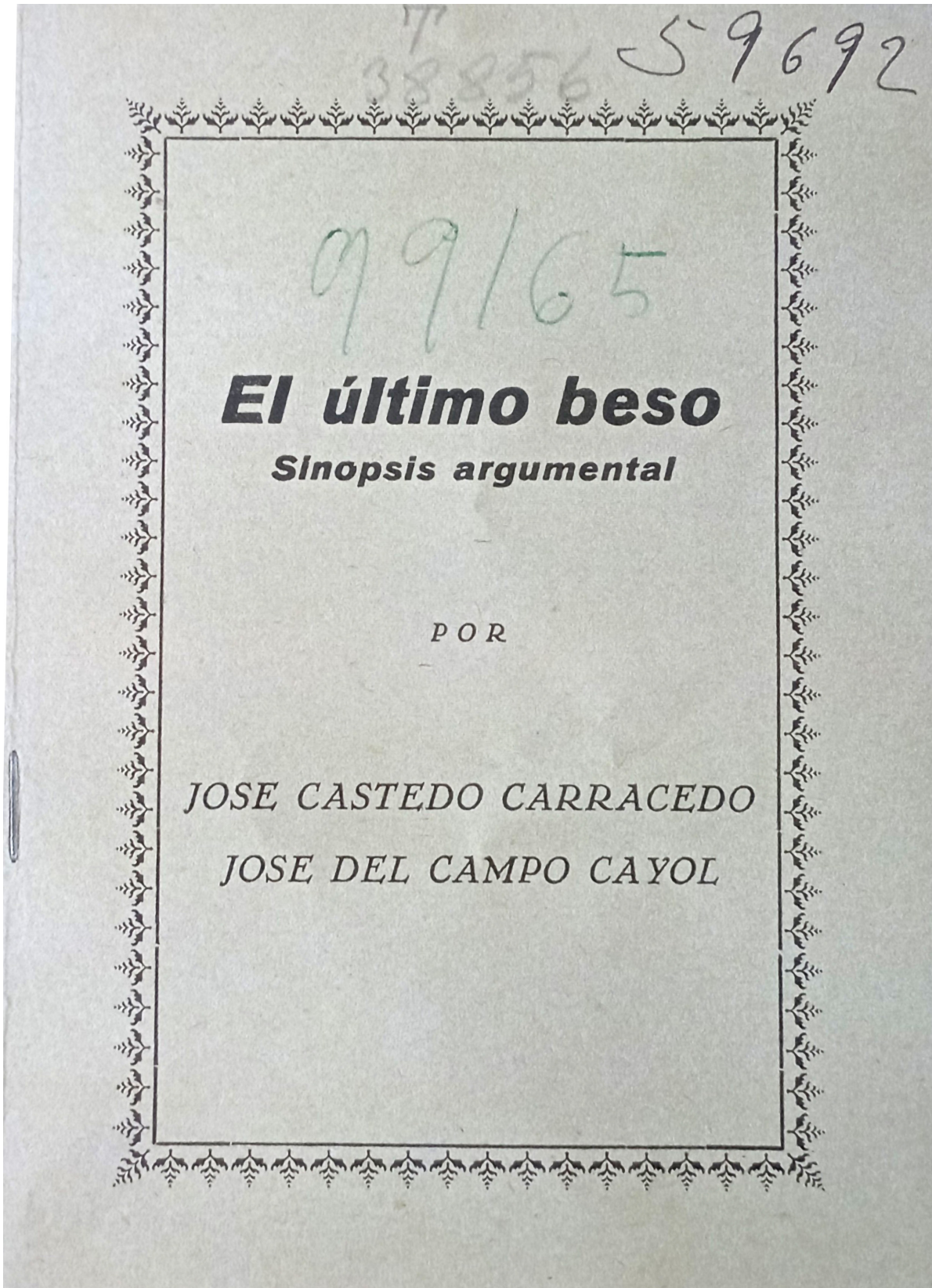
Se trata de una de las piezas clave para entender el carácter de “guerra total” moderno en la Guerra Civil Española: no solo se luchaba en los frentes, sino que la información, la desinformación, la infiltración y el espionaje jugaron un papel estratégico.

También aportó precedentes para lo que serían las modernas estructuras de inteligencia y contrainteligencia en la posguerra.

Los miembros del SIEP gozaban de una alta consideración. Muchos fueron capturados y ejecutados sumariamente. Es comprensible que Castedo temiera por su vida. Castedo, a fin de cuentas, sabía, no sabemos exactamente que, pero sabía... Y mantuvo el silencio hasta el final. ¿Le costó la vida? Podría ser.

En las filas del ejército leal a la República, Castedo, como Teniente de Ingenieros, era un oficial encargado de liderar secciones de ingenieros militares, cuyo rol era vital para la movilidad, contra-movilidad y protección de las tropas, construyendo y destruyendo pu-

5 La sinopsis argumental de esta pieza teatral, publicada en diciembre de 1949 y ambientada en el Teruel de la Edad Media, explora las trágicas vicisitudes de un amor secreto entre un hidalgo Marsilla y la hija del noble Marcos de Segura.



Libreto de la pieza teatral publicada en 1949.

entes, fortificaciones, eliminando obstáculos -minas- y creando infraestructuras de apoyo, utilizando conocimientos técnicos para facilitar las operaciones de combate y la supervivencia en el campo de batalla, uniendo así el rango de teniente -liderazgo- con las funciones técnicas de ingeniería.

El tipo de implicación en la guerra civil, en tareas de inteligencia militar, podría explicar, entre otros, el hecho de que Castedo, según algún testimonio, viviera en Madrid en la clandestinidad -durante un tiempo hasta sentirse a salvo de la represión-. También que optase definitivamente por exiliarse en Francia.

La certificación de su adscripción a este servicio fue emitida por el bando nacional tras su entrada en Madrid.

Un rebelde iconoclasta

Castedo es un personaje de una textura poco común. En lo ideológico, no resulta fácil ubicarlo. En cualquier caso, como mínimo, sería la suma de antifascista, republicano, progresista y de izquierdas. En su trayectoria, su independencia de criterio es tan acusada como su compromiso y coherencia. Todo un rebelde iconoclasta.

Castedo era conocido también por ser una persona de principios firmes, que decía lo que pensaba y argumentaba “con contundencia revolucionaria”. Según el colombiano Antonio López Jurado, quien a menudo discutía de temas políticos con Castedo, este estaba ilusionado con las esperanzas de transformación social de aquella época, lo cual no le impidió expresar su malestar cuando había menester.

La trayectoria general de Pepe Castedo obliga a pensar la ideología no como una etiqueta, sino como una biografía en tensión. Su vida atraviesa algunos de los grandes quiebres del siglo XX: la Guerra Civil Española, el exilio en Francia y, de manera especialmente singular, su prolongada estancia en Beijing entre 1964 y 1979, en pleno apogeo de la Revolución Cultural. Ese itinerario no solo dibuja un recorrido geográfico, sino que explica también la complejidad de su posición ideológica, sintetizando una mezcla de convicción y escepticismo, de compromiso y distancia crítica.

Su antifascismo no admite dudas ni matices oportunistas. Como tantos de su generación, la guerra civil no fue para él una abstracción, sino, a edad temprana, una experiencia fundacional. En ese contexto, ser antifascista no era una opción entre otras, sino una necesidad moral. Sin embargo, lo que distingue a Castedo es que esa convicción no derivó en una adhesión ciega a ningún dogma posterior. La derrota, el exilio y la observación directa de otros sistemas políticos le vacunaron contra toda forma de fe ideológica cerrada.

El exilio en Francia supuso, como para tantos republicanos, una vida suspendida entre la memoria y la incertidumbre. Pero en su caso, lejos de cristalizar en nostalgia o resentimiento, parece haber alimentado una disposición más abierta, incluso errante. Castedo no fue un exiliado que viviera exclusivamente de espaldas al mundo nuevo que le rodeaba; más bien su biografía apunta a lo contrario, sugiriendo una voluntad constante de comprender, de desplazarse -intelectual y físicamente- hacia escenarios donde la historia se estaba decidiendo.

En Beijing, China, en una ciudad que era a la vez capital política y laboratorio ideológico, Castedo se encontró en el epicentro de una experiencia histórica radical. La Revolución Cultural no fue un fenómeno fácilmente inteligible desde fuera, y menos aún desde categorías europeas convencionales. Vivirla desde dentro -aunque fuera en la posición peculiar de un docente extranjero- debió de suponer un desafío constante a sus propias certezas.

Es en ese periodo donde su perfil ideológico adquiere una densidad particular. Por un lado, podía reconocer en el maoísmo ciertos ecos de sus propias convicciones de izquierda

5028

V:

LIBERTÉ - ÉGALITÉ - FRATERNITÉ

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

PARIS, LE - 30 DEC 1965 - 06868

ENTRADA
-7 DEC 1965
EMBAJADA DE ESPANA

Conventions

Réf. à
rappeler : P.

AIRES ETRANGERES

DIRECTION DES CONVENTIONS
ADMINISTRATIVES
DES AFFAIRES CONSULAIRES

3, rue La Pérouse - PARIS XVI^e
KLE. : 52.00

Conventions

. à
eler : P.

Par lettre
le Consulat d'Espagne

Par lettre N° 307 en date du 29 juillet dernier,
le Consulat d'Espagne à Paris a bien voulu demander à la
Préfecture de Police l'adresse de M. CASTEDO-CARRACEDO José.

Le Ministère des Affaires Etrangères a l'honneur de faire savoir à l'Ambassade d'Espagne que l'intéressé qui habitait à l'Hôtel "SAVOIE" 16, rue Fermat, jusqu'en 1964 aurait quitté la France. Son adresse actuelle est inconnue./.

Le Ministère des Affaires Etrangères saisit cette occasion pour renouveler à l'Ambassade d'Espagne les assurances de sa considération distinguée.

AMBASSADE D'ESPAGNE

A

PARIS



grama, diciéndole que regresase.

como la apelación a la igualdad, la movilización de las masas, la voluntad de ruptura con estructuras consideradas opresivas. Por otro, la radicalidad del proceso, sus excesos y sus contradicciones, difícilmente podían dejarlo indiferente. La experiencia directa de un proyecto revolucionario llevado hasta sus últimas consecuencias tiende a generar, en quienes la observan de cerca, una mezcla de fascinación y distancia crítica.

En Beijing ameritó una identidad que condensa bien su condición de desarraigado. Gallego por origen materno, madrileño de nacimiento, exiliado en Francia y testigo del maoísmo en China, Castedo encarna una forma de identidad desplazada, nunca del todo fijada. Esa misma condición se refleja en un pensamiento difícil de encuadrar, refractario a las clasificaciones rígidas.

Decir que era antifascista, republicano, progresista y de izquierdas es, en efecto, correcto. Pero también insuficiente. Porque en él esas categorías no operan como marcas de pertenencia, sino como puntos de partida sometidos a revisión constante, como bien atestiguan muchos de quienes lo trataron de cerca. Su paso por la China de la Revolución Cultural, en particular, debió de reforzar la idea clave de que ninguna ideología, por emancipadora que se proclame, está a salvo de derivar en nuevas formas de coerción si pierde el contacto con la realidad y con la crítica.

De ahí su carácter de “rebelde iconoclasta”. No en el sentido banal de quien se limita a provocar, sino en el de quien desconfía de los ídolos, incluidos los propios. Castedo no parece haber sido un hombre cómodo para nadie, tampoco para los suyos más próximos. Su independencia de criterio -tan acusada como su compromiso- lo situaba en una posición incómoda al ser demasiado crítico para integrarse plenamente en estructuras ideológicas cerradas, y demasiado implicado para refugiarse en una neutralidad distante.

Esa incomodidad tiene un precio. La soledad, en su caso, no parece un accidente biográfico, sino casi una consecuencia lógica de su forma de estar en el mundo. Morir solo y ser, en buena medida, olvidado, no deja de ser el reverso de una vida vivida sin concesiones a la búsqueda de reconocimiento o de pertenencia fácil. Hay en ello algo trágico, pero también, quizá, una forma extrema de coherencia.

En un tiempo como el actual, tan dado a simplificar posiciones y a exigir alineamientos rápidos, la figura de Castedo resulta especialmente elocuente. Su vida recuerda que la ideología, cuando es algo más que una etiqueta, implica un ejercicio constante de revisión, de duda y de confrontación con la experiencia. Y que esa exigencia, aunque a menudo conduzca a la intemperie, es también lo que permite preservar la libertad de juicio.

Así, más que intentar fijarlo en una categoría, quizá convenga entender a Castedo como una figura de tránsito, alguien que atravesó las grandes corrientes ideológicas del siglo XX sin dejarse absorber del todo por ninguna. Un hombre de izquierdas, sí, pero sobre todo un hombre libre. Y, como suele ocurrir con los verdaderamente libres, difícil de clasificar y aún más difícil de recordar en un mundo que prefiere las etiquetas a las trayectorias.

Tras la muerte de Franco

La muerte del dictador, el generalísimo Francisco Franco, abrió una nueva etapa en España. Ayudó a cerrar algunas heridas y esa nueva era política, apelando a la reconciliación, le infundió cierta esperanza a Pepe Castedo. No obstante, como confesó a sus próximos, nunca se sintió totalmente seguro.

En un primer momento, Pepe Castedo descreyó de la reconciliación anunciada y rechazó la posibilidad de pisar el “maldito suelo falangista” de la embajada española en Beijing para solicitar la expedición de un pasaporte. Cuando algún colega le comentó que incluso a la Pasionaria -sobrenombre con el que se conocía a Dolores Ibárruri, destacada dirigente comunista española- la invitaron a regresar, no dudó en calificarla de “santa paloma” para el nuevo gobierno. Sólo estaba dispuesto a creer en el desexilio si dado el caso hubieran permitido la vuelta de un “tigre” como el indoblegable Álvarez del Vayo, fallecido en el destierro suizo en mayo de 1975.

España había establecido relaciones diplomáticas con China en 1973 y uno de los primeros embajadores españoles en este país de Oriente fue José Ramón Sobredo y Riobóo, natural de Ferrol, y hay quien asegura que mantuvieron cierta relación aún en vida del dictador, circunstancia que parece chocante dada su visceral oposición al falangismo según detallan otros testimonios. No obstante, su ascendencia materna en la ciudad ártabra pudo haberle facilitado cierta relación con el embajador Sobredo y Rioboo, padre de la cantante Cecilia y ferrolano de pro, aviniéndose a un reencuentro que le costaba inmensamente por esa radicalidad republicana, según atestiguaban sus contados amigos en Beijing, la mayoría de procedencia latinoamericana.

El periodista Manuel Molares, por entonces al frente de la delegación de la agencia EFE en Beijing, asegura que Castedo se llevaba muy bien con el personal de la embajada española y que incluso llegó a profesar una curiosa amistad con aquel embajador en la China comunista que había tomado el relevo de Ángel Sanz Briz, el primero nombrado tras el establecimiento de relaciones diplomáticas. Sobredo fue organizador del primer viaje de los Reyes de España, Juan Carlos y Sofía, a China en 1978.

Cuenta Javier Reverte en *La aventura de viajar* que cuando acompañó a los reyes eméritos, Juan Carlos y Sofía, en ese viaje en 1978, los intérpretes chinos que los acompañaban tenían todos acento gallego. Ello se debía a que quien les había enseñado fue un tal Pepe Castedo, conocido por todos como “el Gallego”, al parecer originario de Ferrol...: “Había ido a parar al país no supimos muy bien como ni desde dónde. Le conocimos un día en una recepción; era un hombre ya entrado en años, encorvado, discreto, de pelo blanco y vestido de oscuro, un hombre que, por lo que recuerdo de la breve conversación que mantuvimos, no simpatizaba en absoluto con el comunismo. Hoy hubiera escrito un reportaje contando su vida, pero en aquel tiempo yo era un joven periodista lastrado por un exceso de ganas de divertirme”...



Insignia de la Orden de Alfonso X El Sabio.

En 1977, logró retomar el contacto con su familia de origen. Su hija, Anabel, le visitó en Beijing y ese reencuentro pudo haber influido en su decisión de volver. Víctor Ochoa recuerda que era muy exótica, de cabello negro azabache y que leía las cartas. A veces resultando sus vaticinios en trágico acierto, como recordaba Pablo Rovetta.

Cuatro años después de la desaparición de Franco, en 1979, Pepe Castedo decide regresar a España. Lo hace acusando el cansancio de las múltiples tensiones vividas durante la Revolución Cultural y de su vida en China. En aquel año, cuando China invadió Vietnam, Pepe entró un domingo en el comedor de los expertos dando gritos defendiendo a los vietnamitas y criticando a las autoridades chinas por haber ordenado la invasión. Era una persona sin pelos en la lengua y no se cortaba lo más mínimo diciendo a quien fuera lo que pensaba.

En su obra *“En China dos veces la vida”*, el colombiano Enrique Posada alude a Pepe Castedo en múltiples ocasiones. De quien nombra como “Chepe Alcatraz” dice: “La corriente que acunaba su alma y que le servía de escudo contra la ilusión era un escepticismo cáustico, y aunque Pekín constituía para él algo así como el puerto final, no conseguía sentirse por completo a gusto en su regazo”.

A sus amigos en Beijing dejó una fastuosa herencia: una nevera, de esas tipo minibar, recuerda Antonio López. Casi nadie tenía nevera en aquel entonces. Antonio López recuerda aquel “acontecimiento”, comparándolo con “la tarde en que José Arcadio Buendía llevó a sus hijos a conocer el hielo”....

La decisión de regresar la tomó en contra de la opinión de sus amigos chinos que le sugerían explorar primero el terreno con visitas esporádicas antes de tomar una decisión definitiva. Cuando Castedo decidió regresar a España para establecerse definitivamente, Wu Ruigen trató de disuadirle. Y cuando en 1980, Castedo regresó brevemente a China, Wu Ruigen constató aquel convencimiento de haber errado en la decisión de volver a España de forma un tanto impulsiva, cosa, por otra parte, también comprensible después de tantos años de exilio.

Según revela Wu Ruigen, en un momento dado, Pepe le informó de su firme e irrevocable voluntad de regresar a su tierra para pasar el resto de su vida con su familia. Su decisión de volver a España se fundaba en cuatro ideas. Al parecer, una tía suya, de nombre Josefa, de ascendencia aristocrática, no tenía descendencia y era riquísima. Pepe alimentaba el sueño de recibir su herencia, al menos una parte. Además, su ex mujer tenía una buena posición, trabajaba en la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, y aunque se había casado en segundas nupcias y tenía un hijo con su actual marido, contaba con poder recibir de ella cierta ayuda económica. Tampoco descartaba trabajar para obtener algún dinero que le ayudara a sostenerse. Por último, su plan consistía en reunirse con su hija, Anabel, a quien había conocido un tiempo antes y que al parecer trabajaba en el sector turístico en Málaga. Con ella viviría un tiempo en su residencia en el Paseo Marítimo 27.

Pero su regreso a España fue accidentado desde el primer momento. Los enseres y equipaje que había fletado por barco desde China no pudieron ser desembarcados en Barcelona debido a una huelga de estibadores. Esto derivó en un laberinto de gestiones y meses de profunda desazón. Todo un presagio.

En España no encontró su lugar. Ya no reconocía el país. En plena transición democrática, su universo político estaba prácticamente ausente. La adaptación a la España de los ochenta no debió ser nada fácil. Sus hábitos, neurosis y desajustes más las dificultades para normalizar su residencia y garantizarse una mínima solvencia fueron laminando su ánimo. Al poco de llegar, en su misiva del 30 de mayo de 1979 da cuenta, entre otros, de sus difi-

cultades de adaptación, pese a contar con el apoyo de la familia. Se deduce que para él, la seguridad, el “sentirse seguro”, es una preocupación importante.

Las cosas no le fueron bien como tampoco los intentos de establecer contacto con su entorno familiar inmediato. Las cartas de esa época a sus colegas en la capital china rezuman tristeza y decepción. La China que él había conocido también se diluía con las reformas de Deng Xiaoping y su desarraigo acentuó su orfandad. No encontró en lado alguno el amparo mínimo, circunstancia que a la postre influiría en su trágico fin.

Para Castedo, su colega Wu Ruigen se convirtió en el principal interlocutor en China. Wu conservó las cartas que Pepe le enviaba desde España como oro en paño...

“No podéis imaginar como os recuerdo a todos uno a uno y todos juntos”, escribía a sus colegas en China al poco tiempo de su regreso... “ Los problemas son múltiples. Casi no salgo. Sigo con las mismas costumbres que en el Hotel (de la Amistad)....”

En una carta fechada en Málaga el 30 de Mayo de 1979 y dirigida a Wu Ruigen, recuerda uno a uno de sus colegas y a todos juntos mostrando su nostalgia tras la partida. En ella alude al “viejo Li”, a su amiga Feng o a “don Gramático”, entre otros, incluyendo “al Fidel traidor” (irónicamente, porque se lo habían llevado para portugués) –se refiere a Jin Guoping-.

Unos días después, en la misiva del 8 de Junio informaba de la huelga de estibadores en toda España que impidió que las cajas de su propiedad procedentes de Beijing fueran desembarcadas en Barcelona, redirigiéndose a Rotterdam. Pepe debió entonces solicitar ayuda económica a la escuela y a sus colegas para hacer frente a los gastos adicionales del transporte ante el riesgo de perderlo todo, incluyendo el precioso material de libros y fotos que había fletado desde China. Wu se moviliza y la dirección muestra su disposición a colaborar. También entra en contacto con la embajada de China en España.

Establecido en Málaga, el 3 de abril de 1980, Castedo se lamenta de la “falta de noticias” de sus viejos colegas. Su propuesta de preparar un cursillo sobre literatura española contemporánea caía en saco roto. Con China “metida en el corazón”, Castedo echa en cara la inhibición de las autoridades académicas y políticas incluso ante la concesión de la Orden de Alfonso X El Sabio: “los ojos se me llenan de lágrimas porque sé que Pepe terminó para vosotros el día en que partió”.

El reproche acaba surtiendo efecto. Finalmente, Castedo puede viajar a Beijing, recibir la condecoración de manos del Embajador Felipe de la Morena ante una numerosa audiencia e impartir su curso de literatura española contemporánea. Pero si albergaba esperanzas de quedarse, estas se disiparon pasados los tres meses de permanencia que le permitía su visado, debiendo volver a España.

El 5 de enero de 1980, con la “transición política” en fase avanzada, el jefe del Estado, el Rey Juan Carlos I, bajo el gobierno presidido entonces por Adolfo Suárez, le concedió la Cruz de Caballero de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio, a instancias del embajador Felipe de la Morena Calvet, con base en “sus méritos educativos, tras 14 años de enseñanza del español con métodos autodidactas y basados en gran medida en la mímica en sus primeros años”, según reza el argumentario oficial.

No hizo uso de esa condecoración para intentar abrirse camino a su vuelta a la península, procurando algún tipo de “recompensa” adicional.

Cuando en 1981 regresa a China de nuevo para ser honrado con aquel galardón en la embajada española, ya dejaba entrever sin disimulos su arrepentimiento por aquella decisión. Intentó regresar de nuevo a las aulas, pero no era posible al no existir plazas vacantes. Wu le ayudó en la solicitud para volver a impartir sus clases pero “ya era tarde”, no había

marcha atrás. También China, que abrazaba la reforma y apertura de Deng Xiaoping, había cambiado.

Con limitadas capacidades económicas, las estrecheces hicieron mella en él. Los desencuentros familiares fueron dejando una huella cada vez más profunda. Wu Ruigen recuerda que, en un momento especialmente doloroso, su hija abandonó el hogar llevándose consigo diversos objetos que Castedo atesoraba, desde reproducciones de reliquias del Palacio Imperial de Beijing hasta antiguas grabaciones musicales. A partir de entonces, la sensación de desarraigo pareció acentuarse.

Con la esperanza de reconstruir algunos lazos, se trasladó a Madrid e intentó restablecer el contacto tanto con viejos conocidos como con su familia de Ferrol. Pero el regreso resultó más complejo de lo imaginado. Los años transcurridos, las distancias acumuladas y, quizá también, el peso de una trayectoria política y personal poco convencional contribuyeron a que aquellos puentes no llegaran a recomponerse plenamente.

En los últimos meses de su vida se fue instalando una creciente soledad. Castedo mostraba signos de agotamiento de una notable densidad biográfica. Era no solo el militante, el profesor o el intérprete de la China revolucionaria, sino también el hombre enfrentado a los costes personales de una vida excepcional. El 24 de diciembre de 1982, lejos ya de la China que había marcado decisivamente su destino y sin haber logrado reencontrar un lugar propio en la tierra natal, apareció muerto.

Un gallego de Madrid: a modo de recapitulación

Aunque muchos de sus coétaneos en China le situaban como nacido en Galicia, de Ferrol era realmente su madre, Carmen, pero José Castedo Carracedo no nació en Ferrol el 1 de Mayo de 1914, sino en Madrid. Tenía otro hermano, Juan. Su padre, José, era de origen asturiano.

El entorno familiar de su madre, Carmen Carracedo, gozaba de cierta posición en Ferrol. Según ha contado Wu Ruigen, Castedo contaba con retomar el contacto a su regreso de China, en 1979, pero no lo logró en la medida deseada.

Pepe Castedo tenía constancia de su familia ferrolana por parte de su madre. Sin embargo, no consta que haya viajado con relativa frecuencia a Galicia. Pese a ello, durante su estancia en China siempre se reivindicó como gallego y originario de la ciudad departamental. Y decía: “España, mi abuela, y Galicia, mi madre”.

En 1951, José Castedo casó en Madrid con Nieves García-Boanes Álvarez, natural de Oviedo y taquígrafa de profesión. Tenía Pepe 37 años, ayudante de dirección de profesión, y su esposa 22. En algún momento explicaría a sus contados amigos íntimos que el casamiento duró lo que duró hasta que se separaron porque la guerra civil los colocó en dos bandos enfrentados.

La diferencia de edad, 15 años, entre Castedo y su esposa María de las Nieves, fue un importante obstáculo para que la familia de esta aceptara el matrimonio de ambos. El padre de Nieves, periodista, conservador, tampoco pasaba por alto las ideas de izquierda de Castedo.

Diferentes testimonios abundan en la idea de que Castedo, tras la guerra civil, se exilió por un tiempo en la URSS, de donde salió “desencantado del comunismo soviético”. Sin embargo, nunca llegó a pisar la URSS, permaneciendo en Francia tras su huida de España.

El hilo conductor de la rumorología que vincula a Pepe Castedo con lugares y hechos no acreditados responde al cultivo de una imagen de persona de grandes convicciones democráticas y antifascistas, labradas en una guerra civil que le sorprendió con apenas 22 años. Lo cierto es que, con el paso del tiempo, “se fue quedando sin banderas”

Otro rumor sin acreditar es la imputación a Castedo de la condición de “guerrillero” que incluso habría participado en un atentado “contra su paisano Franco”. A día de hoy, nada indica que así fuera.

Otros testimonios le sitúan en la Cuba de Fidel en los primeros años sesenta, alentando una leyenda de revolucionario comprometido con mil y una luchas. Tampoco se ha acreditado la veracidad de esa presencia en el Caribe.

Cabe imaginar que huyó a Francia después de esa fecha y no ya inmediatamente tras

el fin de la guerra civil. Curiosamente, en el Fondo Irujo⁶ -en alusión a Manuel de Irujo, destacado político navarro que fue ministro de Justicia durante la II República- es señalado como un “agente disfrazado, provocador por cuenta de la Embajada”, una definición que no parece concordar con su trayectoria ni anterior ni posterior en China.

Castedo siempre se mostró como un republicano leal. En la guerra había perdido un ojo y sus peripecias vitales tras la contienda fueron tantas como duras en lo personal. La persecución franquista a Pepe Castedo siguió en su exilio en Francia.... Y el Hotel Savoy en la Rue Fermat, donde por un tiempo se alojó, aún existe. La propia embajada franquista, con Pedro Cortina Mauri al frente, un diplomático clave del régimen, se interesaba en aquellos años ante el gobierno galo por averiguar su paradero.

En París, merced, entre otros, a su condición de lugarteniente durante la guerra, obtuvo el estatuto de refugiado político. Y también en París procuraría la opción de trasladarse a Beijing como experto extranjero, como *waiguo zhuanjia*.

En las cartas que enviaba desde España a su colega Wu Ruigen, Pepe Castedo, además de dejar entrever su “morriña” con palabras de afecto para cada uno de los suyos más próximos, confesaba que se adaptaba difícilmente al nuevo ambiente.

Algo debió impedirle retomar las relaciones familiares, incluida su esposa, quien no fallecería hasta 2001. Wu Ruigen apunta que finalmente la tía rica Josefina, al parecer le desheredó, contrariando sus expectativas al impedir que pudiera acceder a un patrimonio, según cuenta, importante de la familia ferrolana de su madre.

Castedo tuvo dos hijos. Pierre nació en Roma en 1963 un 1 de Mayo, mismo día que su padre, mientras su madre trabajaba en la FAO. Su hermana Anabel había nacido en 1955 y los tres se acompañaron en diversos destinos internacionales: además de Roma, Ginebra y Estrasburgo -en la representación de España ante la CEE-. Su madre tenía fama de ser una excelente taquígrafa.

La esposa de Castedo, María de las Nieves -a quien él llamaba cariñosamente “Mai Tao”-, desarrolló una trayectoria profesional muy distinta a la de su marido.

Mientras Castedo vivía exiliado en Francia, ambos mantuvieron el contacto pese a la distancia y a las dificultades derivadas de la situación política y personal que les separaba. Según testimonios familiares, durante aquellos años llegaron a encontrarse en secreto en algunas ocasiones, preservando así un vínculo que el exilio no logró romper completamente.

Durante una etapa de su estancia en Roma, María de las Nieves formó parte del equipo de José María de Areilza, entonces una de las figuras más relevantes de la diplomacia española. Compatibilizó esa actividad profesional con las responsabilidades familiares, contando para ello con el apoyo de su madre, que la acompañó durante una temporada y colaboró en el cuidado de la familia.

La trayectoria de María de las Nieves constituye, en cierto modo, el contrapunto de la vida de Castedo: mientras él desarrollaba una existencia marcada por el exilio político y su integración en la China revolucionaria, ella construía una carrera ligada a los espacios internacionales de la Europa de posguerra, manteniendo entre ambos una relación condicionada por la distancia, pero no por ello del todo extinguida.

Aunque Pepe Castedo falleció en 1982 y su esposa María de las Nieves en 2001, casi

6 Este Fondo hace referencia al conjunto de documentos y patrimonio histórico relacionado con la familia Irujo, especialmente la figura del político navarro Manuel Irujo, y que es gestionado por la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza.



Una exalumna, Liu Jing, visita el columbario de la Almodena para rendir homenaje al profesor Castedo.

veinte años después, las cenizas de ambos reposan juntas en el mismo columbario de La Almudena (Madrid). Por fin reunidos, por deseo expreso de la familia. A modo de epitafio, un fragmento poético de Luis Cernuda.

“Acaso el amor puede tener aquellos seres que todo marco exceden”, fragmento de un poema del sevillano exiliado en México Luis Cernuda, “Pasatiempo”, incluido en “Con las horas contadas” (1956), que abunda en la soledad de la ausencia como argumento poético. Un hecho extraño y paradójico en opinión de algunos por su distanciamiento en vida de la que fuera su esposa.

Alguien cercano a la familia refirió en una ocasión que Castedo y María de las Nieves se conocieron en un recital de poesía en el Madrid de posguerra y que aquel encuentro marcaría sus vidas para siempre.

De Luis Cernuda (1902-1963), dice Castedo en sus “Apuntes de literatura española moderna” que fue “un gran hombre de extraordinaria honradez personal”. A buen seguro, gozaba de su admiración: “Cernuda no ha encontrado ni a Dios, ni ha perdonado a sus enemigos, ni a la hipocresía de la sociedad burguesa y de sus repugnantes convenciones (el matrimonio, la familia), y no quiere ningún trato con esa España obscena y deprimente”, asegura igualmente en sus Apuntes.

Castedo abandonó China cuando esta comenzaba la política de reforma y apertura de Deng Xiaoping. En una carta de 3 de abril de 1980 explicaba a Wu que estaba trabajando sobre la China histórica, “nada de los tiempos modernos que tanto me defraudaron en todos los aspectos”. En esa misma carta recrimina el rápido olvido, la falta de respuesta a las propuestas de ciclos de conferencias o cursillos de literatura española que había trasladado a la dirección de una escuela a la que tanto había dado de sí mismo. “Pepe terminó para vosotros el día que partió”, sentencia.

Finalmente, “no quiso que nadie le tuviera lástima, no quiso causar problemas de ninguna especie”, dice Antonio López explicando quizá el sentido trágico de su última decisión. La pensión en la que vivió Pepe Castedo sus últimos días en Madrid, se hallaba en la calle Hortaleza, 3. Las discrepancias sobre la muerte de Castedo forman parte del “misterio” que a menudo rodea su figura. Frente a la extendida tesis del suicidio, la del envenenamiento no es del todo descartable. Al parecer, su esposa María de las Nieves poseía un informe de la autopsia que así lo acreditaba.

Cook, Shapiro o Epstein dejaron cosas escritas. Lamentablemente, Castedo no. Que sepamos a día de hoy.

Epílogo

Son todavía muchas las incógnitas que rodean la vida de José Castedo Carracedo. Persisten zonas de sombra, episodios apenas documentados y no pocas contradicciones que quizá nunca lleguen a esclarecerse por completo ante el persistente silencio, tan clamoroso como injustificable, de una parte de su entorno más cercano. Sin embargo, las incertidumbres biográficas no empañan la dimensión de una trayectoria humana e intelectual verdaderamente singular.

La existencia de Pepe Castedo estuvo profundamente marcada por dos de los grandes cataclismos políticos del siglo XX: la Guerra Civil española y la Revolución Cultural china. La primera lo empujó al exilio; la segunda puso a prueba sus convicciones, su capacidad de adaptación y su independencia de criterio. En ambos escenarios demostró una notable coherencia con sus ideas y una fidelidad poco común a los ideales que guiaron su vida.

Aquella combinación de compromiso, idealismo y perseverancia encontró su expresión más lograda en la enseñanza. En condiciones frecuentemente precarias, con escasos recursos materiales y en medio de contextos políticos complejos, Castedo logró desarrollar una labor pedagógica excepcional. No sorprende, por ello, el afecto con que lo recuerdan quienes fueron sus alumnos. Tampoco la admiración que siguen expresando antiguos colegas y amigos, como ha destacado el profesor Bian Xueheng, perteneciente a la segunda promoción de la Escuela Anexa del Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing en los años setenta.

Entre los pocos objetos personales de los que nunca quiso desprenderse figuraba una fotografía en tonos sepia de su esposa, María de las Nieves, sosteniendo en brazos a la pequeña Ana Isabel frente a una modesta casa de piedra. Probablemente había sido tomada antes de su partida al exilio francés. La imagen acompañó a Castedo durante décadas y constituye, quizá, una metáfora silenciosa de una vida marcada por la distancia, las separaciones y las lealtades nunca abandonadas.

En *El viaje de una vida. Memorias de María Lecea* (Editorial Universidad de Granada), su antiguo alumno Dong Yansheng se refiere a María Lecea como “la madre del hispanismo chino”. Siguiendo esa misma lógica, no resultaría exagerado considerar a Pepe Castedo como uno de los padres del hispanismo chino contemporáneo. Su contribución a la formación de varias generaciones de estudiantes y profesionales constituye un legado difícilmente sustituible.

Aunque probablemente quede todavía mucho por descubrir sobre su peripecia vital, lo que ya conocemos basta para comprender que su historia trasciende el ámbito estrictamente personal. Sus azares, sacrificios, exilios y fidelidades hablan también de una época en la que las convicciones podían determinar el destino de una vida entera. Son testimonio de un tiempo marcado por el idealismo, el esfuerzo, la generosidad y, en ocasiones, también por la renuncia.

El Decano de la Facultad de Estudios Hispánicos y Portugueses de la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing, **Chang Fuliang**, tiene el placer de invitarle a la presentación del libro "*Pepe Castedo, Vida y Azares*", que tendrá lugar el viernes 11 de octubre de 2019 a las 14:30 horas en la Sala de Conferencias (219) sita en el Edificio Principal, Campus Este.

El autor, **Xulio Ríos**, estará acompañado en el acto por los profesores **Jin Guoping** (traductor de la obra al chino), **Cen Chulan** y **Liu Jian**.

Organizado en recuerdo de José Castedo Carracedo (1914-1982), el evento quiere servir de homenaje y reconocimiento a quien fue profesor de español en la Escuela Anexa al Instituto de Lenguas Extranjeras entre 1964 y 1979.

Se ruega comuniquen asistencia en el correo electrónico liujian196303@163.com antes del 10 de octubre.

北京外国语大学西班牙语和葡萄牙语学院院长常福良有幸邀请阁下参加《贝贝·卡斯特多：坎坷人生》一书介绍会。

时间：2019年10月11日星期五14:30。

地点：东校区主楼219会议室。

作者河书、译者金国平、岑楚兰教授和刘健教授将出席。

此次活动为纪念和缅怀何塞·卡斯特多·卡拉赛多（1914-1982）而举办。他在1964-1979年期间，曾在外国语学院附属外国语学校担任西班牙语教师。

如蒙出席，敬请于10月10日前将邮件发送至 liujian196303@163.com。

La Delegación de la Xunta en Madrid / Casa de Galicia y Teófilo Comunicación

tienen el placer de invitarle a la presentación del libro

Pepe Castedo. Vida y Azares

de Xulio Ríos

Jueves, **21 de noviembre** de 2019 a las **19:30 horas**
 Casa de Galicia en Madrid
 C/ Casado del Alisal, 8 - 28014 Madrid

O Clube de Prensa de Ferrol e Teófilo Comunicación

teñen o pracer de convidarte á presentación do libro

Pepe Castedo. Vida y Azares

de Xulio Ríos

Coa participación do autor, **Xulio Ríos**, que conversará arredor da obra co xornalista **Nicolás Vidal** en compañía de **Julia Díaz Sixto**, presidenta do Club de Prensa de Ferrol.

Venres, **13 de decembro** de 2019 ás **19:30 horas**
 no Ateneo de Ferrol
 R/ Magdalena, 202-204

Presentaciones en Beijing, Madrid y Ferrol de *Pepe Castedo. Vidas y Azares*.

Resulta llamativo que figuras extranjeras que desempeñaron papeles comparables en la China revolucionaria, como Sidney Shapiro, David Crook, Rewi Alley o Israel Epstein, hayan alcanzado un amplio reconocimiento tanto en China como en sus respectivos países de origen. Algunos de ellos, además, compartieron con Castedo una trayectoria internacional marcada por el antifascismo y el compromiso político de su tiempo. No ha ocurrido lo mismo en España.

Quizá esa sea una de las últimas paradojas de Pepe Castedo. Tras dedicar buena parte de su vida a tender puentes entre dos mundos tan distantes como España y China, su nombre permanece todavía hoy relativamente ausente de la memoria colectiva española. Recuperarlo no responde únicamente a una exigencia de justicia biográfica. Es también una forma de rescatar una historia que ayuda a comprender mejor los complejos vínculos humanos, culturales y políticos que unieron ambos países a lo largo del siglo XX.

Bibliografía

- Aróstegui, Julio, *Los servicios de información de la República*, Historia 16, nº 194, 1992.
- Botton, Flora, *Los viajeros que se quedaron: Extranjeros en la Revolución China*, Estudios de Asia y África, vol. XLII, núm. 2, mayo-agosto, 2007, El Colegio de México.
- Carrizales, Wilfredo, *Itinerario memorioso por el Beijing de otrora*, Letralia, 11 de abril de 2013.
- De la Morena Calvet, Felipe. *Deng Xiaoping y el comienzo de la China actual. (Recuerdos de un testigo)*. Editorial Cuadernos del Laberinto, Madrid, 2016
- García Márquez, José María, *La guerra secreta de Franco. Los servicios de espionaje durante la Guerra Civil Española*, Crítica, 2002.
- Heymann, Juan Andrade, *Las Tertulias de Sano Li Tun*, 1993, Quito, Ecuador.
- Huo Jun, *El Profesor Pepe*, (edición de Liu Huijie), Escuela Divina---Antología de ensayos de los antiguos alumnos de la Escuela Anexa al Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing (Cursos de 1959 a 1988), Beijing, China Film Press, 2006, pp.37-40.
- Mao Tse-tung, *In Memory of Norman Bethune: serve the people*, Pekín, Foreign Languages Press, 1966.
- Morillo Ganoza, Juan, *Memoria de un naufragio*. Editorial San Marcos, Lima, 2009.
- Posada Cano, Enrique. *En China dos veces la vida*. Edición en Artgerust, 2002.
- Redalyc.org, “*Los servicios de información en la Guerra Civil Española*”, Revista de Historia Militar, nº 114, 2014.
- Reverte, Javier, *La aventura de viajar. Historia de viajes extraordinarios*, De Bolsillo, 2011.
- Ríos, Xulio, *Flores para Pepe Castedo*, Praza Pública, 17 de junio de 2013.
- Ríos, Xulio, *Pepe Castedo, Vida y Azares*, Teófilo edicións, Santiago de Compostela.
- Rosúa, Mercedes, *Diario de China I. Sian*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1979.
- Santos Juliá (coord.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Taurus, 1999.
- Tuñón de Lara, Manuel *La España del Frente Popular*, Siglo XXI, 1983.
- Varios Autores, *El viaje de una vida. Memorias de María Lecea*, Universidad de Granada, 2019.

Wang, Yang, La herencia de la República Española en China, China Features, 10 de abril de 2009. http://spanish.china.org.cn/international/txt/2009-04/10/content_17582910.htm

Wu, Ruigen, *Un gran amigo y colega inolvidable*, en China Hoy, julio de 2004

Wu Ruigen, *El Profesor Pepe vivirá para siempre en nuestros corazones*, (edición de Liu Huijie), Escuela Divina---Antología de ensayos de los antiguos alumnos de la Escuela Anexa al Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing (Cursos de 1959 a 1988), Beijing, China Film Press, 2006, pp. 503-508.

